

La Ilustración Artística

Año XXII

BARCELONA 20 DE JULIO DE 1903

Núm. 1.125

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



Tumba abierta en una peña, en donde ha sido definitivamente enterrado Mosén Jacinto Verdaguer, en el cementerio del Sudeste de Barcelona

HOMENAJE AL POETA

D. RAMÓN DE CAMPOAMOR

Con el presente número repartimos a los señores suscriptores a la BIBLIOTECA UNIVERSAL el pliego décimosexto de la edición de gran lujo de las DOLORAS, de Campoamor, con una lámina en color, copia de un cuadro original de José María Tamburini.

SUMARIO

Texto. - *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. - *El corazón del molino*, por J. Menéndez Agosty. - *Gentes y cosas de México. Una fiesta universitaria*, por Amado Nervo. - *Nuestros grabados.* - *Problema de ajedrez.* - *Sonia*, novela ilustrada (continuación). - *Cueros tallados y repujados á mano.* - *Los sueños y la salud.* - *La fabricación de los panamás.* - *Los cepillos para los dientes.* - Libros enviados a esta Redacción por autores ó editores. - *Ferrocarril de un solo riel, sistema Behr.*

Grabados. - *Tumba en donde ha sido definitivamente enterrado Mosén Jacinto Verdader.* - Dibujos de Nicolás Sierra que ilustran el artículo *El corazón del molino.* - *A nuestros muertos*, fragmento de un bajo relieve en yeso de Juan van Biesbroeck. - *Alegria.* - *Ave María*, cuadros de Nicolás Cannicci. - *México. Fiesta universitaria. Un grupo de la comparsa.* - *La estudiantina.* - *La comparsa.* - *Campeones para el Juicio de Dios.* - *Retrato*, obra de Clara Grosch. - *En mi jardín*, cuadro de Luis Graner. - *Bordadoras venecianas*, cuadro de R. Konopa. - *Horas felices*, dibujo de B. Gili y Roig. - *Retrato del difunto marqués de Camps*, pintura por J. M. Marqués. - *Emmo. Sr. D. Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros, arzobispo de Valencia.* - *Carteras de cuero tallado y repujado á mano por D. J. Roca.* - *El ingeniero Mr. F. B. Behr.* - *Ferrocarril de un solo riel, sistema Behr.*

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

La atención versátil de la gente se ha fijado unos días, clavada por el terror, en el problema de los viajes en ferrocarril, gracias á la catástrofe de Cenicer. Porque no se ha menester menos de un centenar de muertos y otros tantos heridos, si hemos de volver la cabeza y considerar cómo andan nuestros medios de transporte y locomoción.

Los asiduos lectores de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA quizás recuerden que soy, en este particular, un predicador (probablemente en desierto). Mi afición á viajar y mi convencimiento de que los viajes fáciles son generadores de cultura, me obligan á desesperarme cuando los veo en España tan arduos, costosos y molestos. Naturalmente, andamos peor aún si encima de molestos son azarosos y peligrosos, con peligros extraordinarios, fuera de lo normal, calificables de hecatombe trágica. El desastre de Cenicer retrotraerá á no pocos de los que pensasen pasearse en tren, y por algún tiempo, el pacífico ciudadano que pida en la estación billete y se acomode en el departamento, ha de sentir cierto escalofrío y tener la visión calenturienta de las descripciones por el telégrafo divulgadas.

Bajo la impresión de lecturas tan espeluznantes y horribles, releo un folletito que leí años hace y se titula *Inconvenientes de los viajes en ferrocarril*. El autor es ingenioso, y no carece, por cierto, de argumentos para defender su tesis, según la cual Rossini dió mayor prueba de inteligencia y superioridad con no querer renunciar á la silla de posta, que con producir *Guillermo Tell* y *El barbero de Sevilla*.

Enuméranse en el folleto las mil y una molestias que el ferrocarril origina, desde el silbido estridente, repulsivo á los oídos de Rossini, el melodioso cisne, hasta la lentitud en el despacho de los equipajes en el punto de llegada. «Si me lees - dice el autor, - en tu vida vuelves á montar en un tren.» Yo he continuado haciendo uso y aun abuso del tren; mas nunca sin pensar en las muchísimas cosas en que acierta de plano el folleto. Una de ellas es la dificultad de identificación de los muertos, en caso de siniestro. «Antes - escribe - no se viajaba sin pasaporte; ahora... ¡vaya usted á despejar la incógnita de un cadáver!» Y efectivamente, en el informe y hediondo montón de muertos de Cenicer, más de uno se llevará á la fosa el secreto de su nombre.

Principian las tribulaciones del viajero en ferrocarril (según nuestro autor) la víspera del viaje, quitándole el sueño el temor de perder el tren. Observación exacta: conozco y conocemos todos á personas que en día de viaje, y aun la noche anterior, ni descansan, ni sosiegan, ni dejan á nadie vivir, preocupados con instalarse en la estación dos horas antes de la que señala la Guía. Y allí se están, aburridas, fastidiadas, pero conformes, al cerciorarse de que el tren no saldrá sin ellas. El que no madruga tanto y llega cuando ya se apiñan los viajeros, ni halla rincón ni puede acomodar sus bultos de mano, ¡gracias si puede facturar!

Y ¿por qué el vejamen de facturar sólo quince

minutos antes de la salida del tren? ¿Por qué el vejamen de no despachar billetes todo el día? ¿Por qué la fila, la cola, para comprar lo que debiera ser tan fácil y cómodamente adquirible como cualquiera otro artículo de comercio? ¿Por qué, á lo menos, ya que el billete se ha de tomar con prisas y angustias, no hay tres taquillas, como en Londres, para primera, segunda y tercera, á fin de hacer que la cola sea menos apretada, mal oliente y desagradable? ¿No sería justo ahorrar á las señoras los empujones de los gañanes y de los chulapos?

La expendición de billetes - afirma nuestro autor - podría verificarse con mayor rapidez si estuviesen clasificados de un modo racional. En un teatro, donde se dan billetes para todas las localidades, desde butacas hasta paraíso, se sirve á quinientas personas en menos tiempo del que el empleado de ferrocarriles gasta en servir á doscientas.

Dueño ya del billete, que le ha costado, amén de dinero, sudores, ya puede el viajero abrir el ojo para que el mozo (que á pesar de estar obligado á servirle gratis ha de recibir propina), no se le lleve en volandas la sombrerera ó el maletín al coche que va en dirección opuesta. Al punto de acomodarse en el tren se arma una liorna de todos los demonios, los mozos se evaporan sin decir oxe ni moxte, cargados con nuestros bártulos queridos, y la idea del extravío, de la confusión y de quedarse en tierra nos enloquece. Y ello es preciso tener sangre fría: ojo con perder el talón, el papelito; ojo al billete, ojo al departamento, ojo y más ojo, que ni un uniforme de ministro. Los hombres atienden, aparte del equipaje, talón y billete, al reloj y cartera, las señoras á las joyas y al pudor. En el remolino todos empujan: cestas, sacos, carretas con bultos, viajeros que os dan con un *gladstone* en las narices, y el monstruo que empieza á bufar y á trepidar

con un trajín de fiera encadenada,

que dijo el poeta.

Si se miran los ferrocarriles desde el punto de vista de la filantropía, aún les hemos de dirigir más severas censuras. Nunca los antiguos vehículos marcaron de modo tan inhumano y cruel la diferencia de fortunas y clases sociales. De la tercera á la primera, ¡qué humillantes é inútiles diversidades, qué alarde de distancias que por un momento se podrían y aun se deberían borrar!

El frío en invierno; el calor en verano; los aires colados, portadores de la pulmonía; el hacinamiento; la carencia de luz en los túneles (verdad que también suele olvidarse el encenderla en los vagones de primera); los asientos duros é incómodos; la falta de reservado de señoras, como si las mujeres menos ricas no tuviesen vergüenza y dignidad; la ausencia de cortinas y de lavabos, tantas y tantas maneras de recordar al viajero que no hay torpeza ni delito comparable á no tener mucho dinero para gastarlo... Pero ¿caso el rico, en su primera, está bien servido, ya que paga triple? ¿Acaso no sufre infinitas privaciones?

Hablo ahora por cuenta propia, y digo que los vagones de la Compañía del Norte, en la línea de Galicia, se encuentran en el estado de suciedad y abandono más repulsivos. ¿Es que un departamento no debe asearse? ¿Es que sus vidrios no deben lavarse continuamente y cerrar bien, sus metales relucir, el paño de su forro apalearse y cepillarse? ¿es que no lo ordena la higiene? ¿es que tanto costaría vigilar ese servicio?

El estribo de subida á los coches es absurdo. Parece no tener más fin y objeto que dar trabajo á los componedores de huesos. ¡Ay de quien se baje aprisa! Sólo por esos estribos sería una necesidad la reforma ó substitución del material móvil de las Compañías, que está anticuado y en el cual no se piensa, al parecer, introducir la más leve mejora. Ya es axiomático que los departamentos aislados, incommunicados, convienen á los ladrones y asesinos, á todo linaje de malhechores; y seguimos con esos vagones celulares, sin esperanzas de que los reemplacen los de corredor central ó galería lateral, únicos compatibles con la seguridad y la salud. Porque otros inconvenientes del departamento aislado los adivina cualquiera... y no hablaré de ellos, pues - dice bien nuestro autor - son á la vez ridículos y terribles.

Nuestro autor, que es francés, reniega también de las fondas de las estaciones. «¡Pues si viese usted los pies!» respondía aquel paleta á quien achacaban tener las manos muy descuidadas. «¡Pues si viese usted las de por aquí!» habría que decirle al autor.

Yo quisiera, únicamente por curiosidad, averiguar dónde se fabrican esos pollos que sirven en algunas

estaciones. Deben de ser artificiales. Carne, no la tienen; y los huesos, en cambio, ocupan todo el hueco de la pechuga. El queso sin duda lo secan en hornilla; el aceite de las ensaladas se lo roban á la lámpara del Santísimo; los flanes los hacen con engrudo, y el caldo es un aguachirle que ni el domine Cabra la inventa más desprovista de substancia.

Debieran visitarse los *buffets* de las estaciones por un médico, que obligase á servir platos sanos. El viajero, que lleva el estómago revuelto, la cabeza estropeada, las fosas nasales y la garganta llenas de carbonilla, no resiste esos manjares desabridos y sofisticados que le sirven. Paga, pero no traga. Leche pura, carne sabrosa, caldo legítimo, huevos frescos, un cocido y dejarse de guisotes sospechosos, con tropezones de moscas.

La objeción más seria y considerable que nuestro autor presenta contra los ferrocarriles, se encierra - debo reconocerlo - en estas tres preguntas:

- ¿Hay suficiente número de empleados para los servicios?

- ¿Son personas idóneas?

- ¿Cobran sueldo suficiente y justo?

¡En la respuesta está la clave de tantas cosas! De los incesantes robos de equipajes y mercancías, triste privilegio de nuestras líneas; de los choques y descarrilamientos; de catástrofes como la de Cenicer, estremecedoras. Sabemos que el personal no duerme lo bastante, que está poco remunerado; vemos y tocamos que en general no llena cumplidamente sus funciones y sólo preside á sus actos una idea: el interés inmediato de la Compañía, el cumplimiento de las disposiciones restrictivas y penales del reglamento, como si existiese antagonismo declarado entre el viajero ó el expedidor y la empresa que se encarga de transportar y expedir, y como si sólo á cuenta de vejaciones y obstáculos opuestos al público pudiese subsistir y lucrarse tal empresa. Cuando debiera suceder lo contrario, y ser toda relación de empresa á público una relación de cordialidad y leal inteligencia, á ventaja recíproca.

«En Inglaterra, en Norte América - escribe nuestro autor - los maquinistas y fogoneros se buscan en los talleres y se comprueba cuidadosamente su idoneidad y moralidad. En las estaciones además la policía vigila para que el viajero sea atendido.»

En Alemania - añado yo - el servicio de ferrocarriles lo hacen militares en activo, y se le conoce al servicio, ¡vaya si se le conoce!

También añado otra cosa... Bajo la presión de Cenicer, en las Cortes se ha debatido estos días acaloradamente el proyecto de incompatibilidad legal entre los cargos políticos y el de Consejero de las Compañías ferroviarias. Dicen que no se puede llevar adelante ese proyecto, dentro de la Constitución vigente. Así será; pero si yo fuese *la opinión pública*, ya me las arreglaría para que, con ó sin sanción legal, todo hombre político huyese como del fuego de aceptar esas consejerías, tan mal miradas, de las cuales se habla formulando suposiciones seguramente atrevidas é injustas, ¡pero vaya usted á poner freno á las lenguas!

Y si yo, en vez de ser *la opinión*, fuese hombre político, antes me llevan á la cárcel de mi pueblo, que es detestable, que á un Consejo de ferrocarriles. Tanta murmuración ya pica en historia.

Debo rectificar un error en que he incurrido. Cuando el telégrafo empezaba á traer noticias de la tragedia de Servia, dije aquí que Pedro I era hermano del príncipe Bojidar Karageorgewitch, tan conocido y estimado de literatos y artistas. Y es que yo tenía entendido, y varios periódicos lo han asegurado también ahora, con motivo de los recientes sucesos, que el trono de Servia, al ocuparlo la dinastía de Kara, recaía por derecho en el susodicho hermano del príncipe Bojidar, cuyo nombre de pila - el del hermano - no recordaba. Por lo que se ve, á la otra rama de la familia fué atribuída la corona.

¿Quién sabe si es rara fortuna el hallarse, con razón ó sin ella, despojado de derecho semejante? ¿Quién envidiará, en las presentes circunstancias, el trono de Servia, asentado sobre un suelo que zarandean y quebrantan los terremotos? Sin ser tirano ni poseer paredes de jaspe y techo de oro, bien se puede, en el Konak, temblar y soñar que vemos

el popular tumulto
romper con furia las herradas puertas...

¡Salud á Pedro II! Y que no turben su sueño apariciones ni fantasmas. El destino lo quiso. El no ayudó á la obra del destino. El destino anda solo.

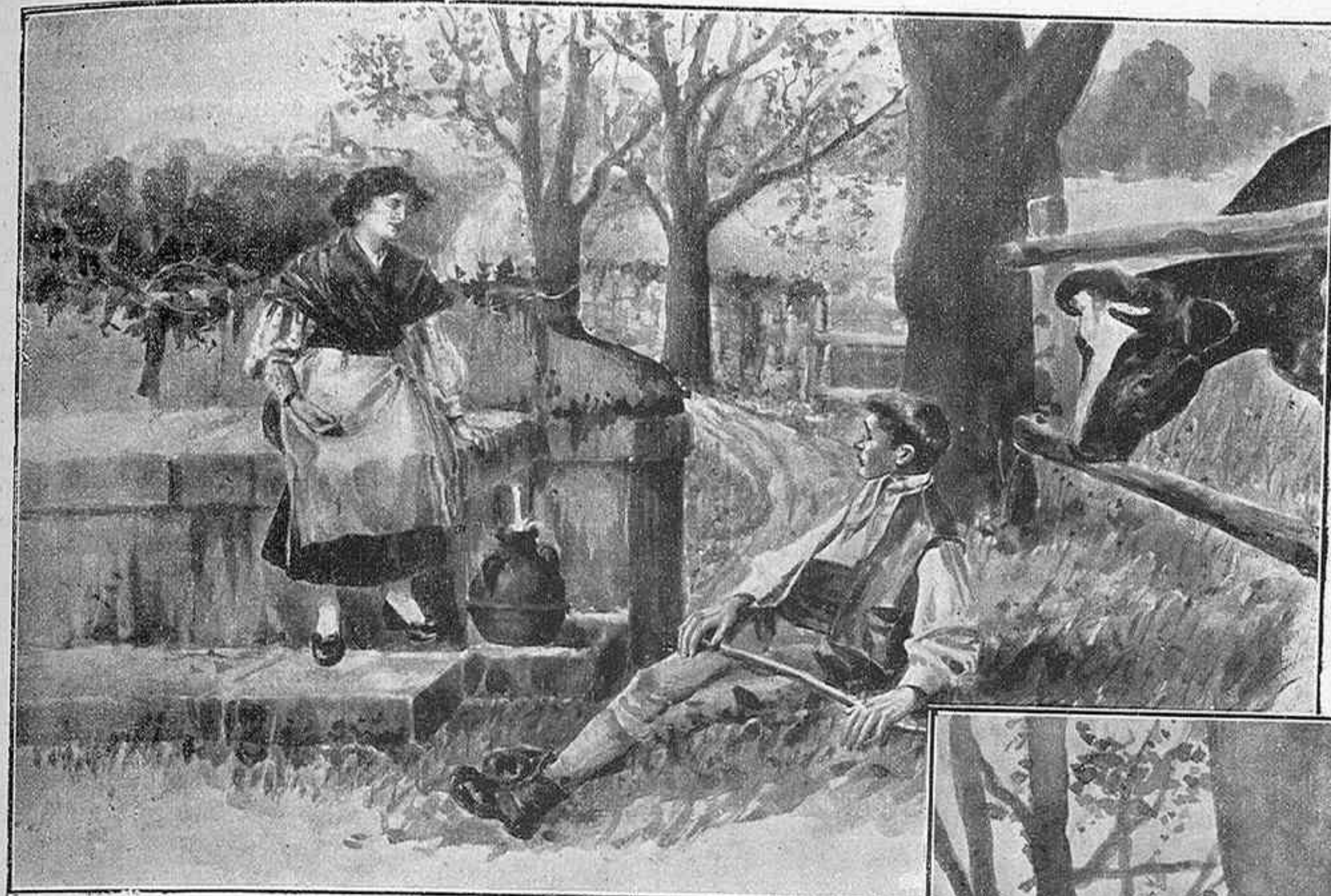
EMILIA PARDO BAZÁN.

EL CORAZÓN DEL MOLINO

I

Estaba la aldea en un valle y el valle entre altísimas montañas, cuyas sendas cimas, claras y limpias en el verano, aparecían en el invierno cubiertas con un amplio ropaje de cenicientas nubes. A un lado de la aldea había un río lleno de saltos y quebraduras que fueron aprovechados para instalar moli-

pero se deshizo aquella sombra de virginidad, y un día, de repente, vieron claro y preciso el objeto de aquella atracción mutua... Ya se alejaba la primavera y llegaba el verano, y la madurez de la fruta en el árbol y la somnolienta fatiga con que el trigo se doblaba y caía, diéronles la noción de la vida completa. La idea adquirió forma y el labio halló manera de expresarla. «Escucha, papá...» «Mamá, voy á decirte...»



Pedro dedicóse á buscar sabrosas soledades...

nos en sus inmediaciones, y al otro lado un espeso pinar que se extendía á la montaña y trepaba por ella hasta la mitad de sus vertientes.

La aldea era pequeñita, pero le daba importancia y vida el constante paso de carros y diligencias, traficantes en trigo y ricachos aficionados á los espectáculos agrestes, que iban á Valdespino, á los altos del Hacha ó al desfiladero de los Torrentes, lugar este último de una belleza incomparable; y como los habitantes de aquel valle eran corteses, cariñosos y hospitalarios, no había en él casa mal provista, ni olla de onzas que no rebosase, ni moza sin dote.

El dueño de uno de los molinos, el mejor situado, era bastante viejo, y no le arrebatava la ambición hasta el punto de ignorar cuál es el momento en que un hombre debe conocer que ya no puede trabajar más y que su hacienda ha producido lo suficiente para asegurarle una vejez holgada y servir de base á la fortuna de sus hijos. Este momento, que los holgazanes apresuran y los avaros retrasan, juzgóle llegado el Sr. Andrés una mañana que sintió por vez primera flaquear sus piernas, jadear el pecho y resistirse todo el organismo á seguir trabajando. No gimió temeroso ante la muerte, ni le dolió parar en aquel punto su productiva diligencia; limitóse á suspirar, dejó á un lado el saco que llevaba al hombro y llamó á su hijo.

— ¡Pedro!.. Mira, coge ese saco y llévalo al almacén. Tu padre acabó en este momento de ser molinero... No te alarmes. No estoy enfermo... Es que ya mi cuerpo ha dado de sí todo lo que podía. Ahora te toca á ti.

Con lo cual quedó Pedro convertido en dueño del molino, primera de sus grandes ambiciones.

La segunda consistía en casarse, no por tener mujer, lo que es al fin y al cabo un deseo egoísta, sino por ser dueño de una mujer, de una hija del valle de quien estaba enamorado desde que tenía doce años y la niña le encargaba flores siempre que iba á Valdespino con su padre. Todos sus ahorros tenían entonces el mismo fin galante: comprar la mejor planta de la huerta, colocarla en un tiesto magnífico y dejarla á la noche, cuando regresaban, en el jardín de Rosa, para que al día siguiente se pusiera á bailar de gozo ante el regalo. La madre de la chica era cómplice de aquellos asaltos nocturnos, efectuados sigilosamente por la parte posterior del corral, y una vez dentro de él la florida ofrenda, deslizábase con el padre del mozo hasta el jardín, poniéndola en lugar visible y adecuado á su mejor lucimiento, y salían con el mismo cuidado á fin de que Rosa no despertara y se malograra la sorpresa. ¡Dulces comedias con que todos los padres nos preparan equivocadamente para las realidades de la vida!

Hízose la niña mujer, el chico mozo, y los regalitos de flores tuvieron otra significación que la de un puro cariño infantil, y no pudieron ser metidos en la casa como contrabando, sino á la alegre luz del día. Pedro dedicóse á buscar sabrosas soledades para contar á Rosa sus proyectos, que él llamaba graves, y la misma moza, á su vez, dióle ocasión propicia para verse y hablarse sin testigos. Esto ocurría una primavera, cuando la montaña sacudía su ropaje de nubes y se mostraba limpia sobre el cielo, y el aire tibio, las flores recién abiertas y el río henchido por el deshielo invitaban á tomar parte en aquel renacimiento de la vida universal.

La sangre les hervía en las venas, lucíanles los ojos con un fuego risueño y solían permanecer durante largo rato unidos y temblorosos bajo el peso de una idea que no sabían cómo formular. El amor, en su primer misterio, pasaba sobre sus espíritus con un blando aleteo inspirador de indefinibles ansias;



Rosa tomó otra vez el camino de la aldea

de su corazón correspondía á una evolución del árbol del molino. Asomáronse á una ventana y les bañó el rostro una nube de espuma. A sus pies se despeñaba el río haciendo trepidar la casa con un rumor profundo como el que sube de las máquinas de un transatlántico. Frente á ellos se alzaba la montaña como un gran telón de rocas y pinares. En la cima brillaba la nieve bajo el sol. Siguieron mirando y vieron la carretera de Valdespino, su dura pendiente bordeada de guardacantones y árboles polvorientos, y en lo alto de ella una cordillera lejana y la veleta de un campanario. Fuéronse á otra ventana y contemplaron los huertos del Sr. Andrés, su trozo de bosque vedado, el establo donde dormían dos vacas, el corral, lleno de gallinas seguidas de un enjambre de polluelos... Todo era suyo, y en la alegría que les llenaba el alma, como una súbita explosión de vanidad satisfecha, figurábase que también les pertenecían el río y la montaña, la carretera y el lejano campanario..., el mundo entero.

Empezaron á trabajar con ardor, secundándose, completándose. El molino parecía girar más de prisa, para justificar sin duda la existencia del misterioso ligamento que le unía á sus amos, por el cual le transmitían su actividad incansable, y hasta el río se arrojaba con mayor ímpetu sobre las paletas, tronando sin cesar... No descansaban á su gusto hasta por la tarde, cerca del crepúsculo. Rosa se emperejilaba con especial cuidado y salían á pasear ó á ver á los padres.

Quando volvían al molino, ya de noche, creían que las estrellas se asomaban al espacio para contemplarlos y que el río disminuía un momento su furioso trajín para que el agua no les mojase el rostro al pasar el puente. Cenaban al aire libre, bajo la paz perfumada de las noches de verano, en que hasta las hojas de los árboles, movidas por el viento, parecen cantar. Las luciérnagas brillaban como diamantes entre la hierba, y Rosa se entretenía en arrojarles piedrecitas. Después de cenar quedábanse adormecidos uno junto á otro, arrobados ante aquel bienestar que el cielo y la tierra ponían á sus pies, mientras en lo hondo de la casa oíase una palpitación acompasada y vigorosa: el corazón del molino.

Pedro y Rosa se completaron al principio como dos enamorados y se avinieron cordialmente después como dos buenos amigos. Cuando pasó la fiebre amorosa y á los arrebatados transportes sucedieron las caricias templadas y las

II

Quando los recién casados se hallaron solos en la isleta donde estaba asentado el molino y oyeron á su alrededor el incesante batir del agua sobre las piedras, el chapoteo rítmico de la enorme rueda de madera y hierro y el chirrido de las muelas y engranajes, parecióles que en realidad estaban ligados íntimamente á toda aquella maquinaria y que cada latido

conversaciones graves, quedó en sus espíritus un rescoldo manso, algo parecido al calor de la amistad. Los dos estaban igualmente autorizados para dar órdenes y revocarlas, y ambos hacían y cerraban tratos con la clientela sin que el uno desmintiese al otro, ni éste tuviese que contar con el parecer de aquél. Eran dos cuerpos con un mismo regulador espiritual, y así los actos de cada uno respondían a un solo y común pensamiento.

Prosperó el molino y hubo de construirse otro almacén al lado del antiguo. También se tomaron más obreros, y el trabajo de Rosa y Pedro se dignificó un tanto, convirtiéndose de material en intelectual. Lo inspeccionaban y dirigían todo, y si algo, por excepción, se escapaba a su celo incansable, dábanse después maña para averiguar detallada y fielmente cómo se hizo y coleccionar así si se hizo a tuertas ó á derechas. Verdad es que el personal del molino, contagiado de aquella actividad recta é inflexible, conducíase de un modo ejemplar y sin tentación de abuso cuando la mirada de los amos no estaba sobre él.

Unos días iba Pedro á la aldea, otros Rosa, y alguna vez que el marido tuvo que subir á Valdespino, quedóse la mujer á cargo de todo con una mutua confianza que parecía acrecentarles los bienes como por arte mágico. Si hubiesen dudado, si hubiesen temido el uno del otro, no el engaño artero, sino la flaqueza por bondad, seguramente no resolvieran tan pronto y tan á su satisfacción los asuntos del molino. En todas las cosas de la vida, la confianza y la buena fe mutuas son grandes allanadores de obstáculos, y sin ellas, tendríamos que andar por la calle con un revólver en el bolsillo. Por eso crecía tan arrogante la hacienda de Pedro, firme siempre sobre el sólido cimiento del cariño y la adhesión de los dos esposos.

Una de las ausencias del molinero duró tres semanas, y cuando regresó no estaba Rosa en el molino. Volvió al cabo de media hora, muy sofocada, diciendo que había ido á ver á su madre enferma. No pasó más; pero al día siguiente bajó también á la aldea y anunció que pensaba bajar todos los días, pues el estado de su madre era delicadísimo y no parecería humano abandonarla á su dolencia y soledad. No chistó Pedro ni parecióle justo chistar ante aquella petición de hija cariñosa; mas hubo de disgustarse en el fondo, porque él solo no bastaba para vigilar todo el molino, y sabía por tradición, hasta la fecha no desmentida, que de la vigilancia dependía que la fortuna continuara protegiéndole.

Rosa empezó á bajar á la aldea cotidianamente y Pedro se encontró más sujeto al molino, más esclavo, empotrado en él como una rueda necesaria para suplir la preciosa ayuda de la molinera.

III

Todos los días, sin dejar uno, abandonaba Rosa el molino á mediodía y no regresaba hasta que era noche cerrada. Pedro comenzó á notar en su mujer un despego vestido de zalamería, una preocupación constante y misteriosa que trataba de disimular con violentas expansiones de alborozo ante los grandes éxitos económicos de la casa. No parecía dominar como antes el mecanismo del negocio y alguna vez hacía á Pedro preguntas incomprensibles... Diríase que su espíritu se había emancipado de aquella coyunda amante y que ahora vivía en otro mundo, á muchas leguas del molino. Los ojos se le extraviaban á ratos en contemplaciones somnolientas, durante las cuales vagaba entre los labios una sonrisa plácida, como si de verdad soñase; y si Pedro la dirigía entonces la palabra, una sombra de cólera obs-

curcía el rostro de la molinera, que parecía abandonar con pena sus ensueños.

Pedro creyó que estas distracciones y aun el despego con que era tratado arrancarían de la enfermedad de su suegra, y se propuso justificar de esta manera á Rosa ante su espíritu conturbado y hubo momento en que la juzgó justificada; pero cierta tarde acometióle de repente un pensamiento bárba-

quehaceres con todo el ardor de los tiempos pasados, bajo el cual crujían los engranajes del molino con un rumor risueño, que hacía trepidar la casa en un prolongado espasmo de felicidad. Pedro solía quedarse extasiado ante las grandes muelas, como si fuese nuevo para él semejante trajín, y es que soñaba con sus antiguas sospechas y sonreía venturosamente al verlas desvanecidas.

Rosa bajó una mañana á la aldea prometiendo volver en seguida, y Pedro dedicóse á su trabajo con entera tranquilidad, respirando á plenos pulmones aquel ambiente apacible y oloroso que le rodeaba. Al entrar en su alcoba, vió un papel en el suelo y lo cogió creyendo que sería alguna cuenta ó apuntación del molino... ¡Sí, sí, cuenta ó apuntación! Era el enigma aclarado, concreto, indudable; eran las lágrimas con que Rosa entraba en casa de vuelta de sus largas ausencias; era el negro pensamiento de Pedro, hecho realidad viva... Se pasó la mano por la cara y serenóse lentamente, haciendo para ello angustiosos esfuerzos, porque hay dolores invencibles. Luego bajó al puente á esperar á Rosa, que llegaba en aquel momento feliz y confiada.

— ¡Mira!, exclamó mostrándole el papel.

Rosa se puso pálida, cerró los ojos y no dijo palabra.

— ¿Lo viste?.. Pues ahora, sin adelantar un paso más, te vuelves á la aldea, con tu madre ó con quien se te antoje. ¡A mi casa no vuelvas!.. Que no vuelvas, ¿eh?.. ¡No quiero verte... ni matarte!.. ¡Vete, vete, ó no respondo de mí!.. Te vas para siempre... ¡Ya lo sabes!.. Esta no es tu casa... ¡no quiero que lo se!.. Anda, vete... ¡pronto!.. ¡Maldiga Dios la tierra que pises!..

Rosa tomó otra vez el camino de la aldea, á la orilla del río, y se perdió entre un grupo de altos castaños. No había podido responder á Pedro, ni resistirse, ni pedir perdón. ¡Era tan justa aquella condena!.. Mientras estuvo á la vista, quedóse su marido

contemplándola con triste fijeza, cruzados los brazos, erguido al comienzo del puente como un guardián de sus dominios. Luego se alejó de allí, internóse en el huerto y se dejó caer junto á la alberca sin fuerzas para seguir andando.

Un mozo apareció á su espalda. Venía á decirle que el molino acababa de pararse y que no sabían la causa. Fuéronse á él y comenzaron á reconocerle minuciosamente, de arriba abajo, con un tesón y una paciencia admirables... Nada faltaba á su mecanismo, ordenado y completo, y los operarios se hacían cruces ante aquella inmovilidad que les parecía un misterio ó un milagro. Pedro despidió á sus obreros hasta el día siguiente y sentóse á la puerta del molino, de cuyo fondo surgía un silencio trágico. Sólo se oía el rumor del agua sobre las rígidas paletas... Al final del puente columbróse la figura del Sr. Andrés, adusto y sombrío. Pedro salió á su encuentro, y antes de que el anciano hablase, rompió á llorar apoyándose en un árbol.

— Pero ¿qué ocurre?, preguntó el Sr. Andrés entre compasivo y severo.

— ¡Ay, padre!.. Ocurre... ¡que se le ha roto el corazón al molino!

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

(Ilustraciones de Nicolás Sierra.)

GENTES Y COSAS DE MÉXICO

UNA FIESTA UNIVERSITARIA

La «Peste Negra» entró sin decir agua va y escondida en las coletas de unos chinos, en Mazatlán, puerto importantísimo del Pacífico, hace algunos meses, y la conmoción que la noticia produjo en la



A nuestros muertos, fragmento de un bajo relieve en yeso de Juan van Biesbroeck. (Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903.)

ro que le cruzó el corazón como un trallazo, y abandonando el molino sin despedirse de nadie, bajó á la aldea y presentóse en casa de la viejecita. Rosa estaba junto á su madre, dándole en aquel punto una medicina, y el molinero sintióse enrojecer de vergüenza. Había sido injusto con su mujer. De allí á breve rato regresó al molino sin saber dónde ponía los pies, loco de dolor bajo el peso de aquel remordimiento. Rosa volvió una hora después más fiel y amante que nunca, contando detalles de su visita al techo paternal y de cómo la enfermedad iba haciendo terribles progresos en la pobre madre.

Las ausencias continuaron. Algunas veces volvía la molinera á su casa con los ojos húmedos, Pedro la miraba poseído de una ansiedad que movía á lástima, y de pronto cerraba los puños y desaparecía en el almacén, entre las grandes pilas de sacos. ¿Había llorado por su madre? ¿Había llorado?.. No quería completar su idea, pero el irrefrenable pensamiento se bastaba á sí mismo y la completaba, y si cerraba los ojos para no ver aquella ficción afrentosa, como la ficción era su sospecha, veíala dentro de sí, rodeada de un nimbo rojo. Quiso espiar á Rosa, y le faltó valor. Temía encontrarla otra vez á la cabecera de su madre, como un emblema de amor y caridad... Resignóse algún detalle revelador del espantoso enigma.

La madre comenzó á mejorar, y esta mejoría progresiva volvió el contento y la paz al alma de Pedro. Restablecida por completo la pobre vieja, reintegrábase Rosa á su molino, para siempre suya, únicamente suya, y dejaría de ser aquella enfermedad un pretexto... Un pretexto, sí. Ahora ya se atrevió á completar su idea.

Y en efecto, volvió la salud á la casa paternal y la alegría á la filial, y Rosa dedicóse nuevamente á sus



ALEGRIA, cuadro de Nicolás Cannicci

(Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903.)



AVE MARIA, cuadro de Nicolás Cannicci

(Exposición Internacional de Bellas Artes de Venecia, 1903.)

República entera, en la capital sobre todo, fué angustiada y violenta.

Hubo un momento de pánico doloroso y algo más: la convicción, efímera por fortuna, de que no podíamos combatir la plaga. La circunstancia de que en Estados Unidos, en San Francisco, á pesar de todos los esfuerzos, la «Peste Negra» se había

damente la ciudad y adquiriendo en grandes cantidades tubos de suero Yersin para la vacuna.

A estas fechas todo peligro se ha desvanecido; la peste, confinada merced al esfuerzo unánime en una estrecha zona, desapareció por completo, y aun cuando algunos pesimistas, fundándose sobre todo en el hecho de que en el extranjero, «con más ele-

pupilas y revolviendo deseos, hay muchos infelices que tienen pan y abrigo. Nada más consolador que oír comedias, saborear conciertos, paladear recitaciones, todo ello bien pagado, para que dos ó trescientos apesados se salven y, ¡oh delicioso egoísmo femenino!, para que la epidemia no invada la metrópoli y un día aquellos brazos dignos de completar á



MÉXICO. — FIESTA UNIVERSITARIA. — UN GRUPO DE LA COMPARSA. — LA ESTUDIANTINA. (De fotografías de «El Mundo Ilustrado», remitidas por nuestro corresponsal D. Ramón de S. N. Araluce.)

localizado en un barrio durante dos años, aumentaba tal convicción. De esto á la resignación fatalista no había más que un paso; pero este paso no se dió. Vino por el contrario una iniciativa emanada de varios caballeros, quienes se constituyeron en junta para arbitrar fondos que permitieran acumular todos los elementos de lucha contra la peste, y al llamamiento aquel respondió todo el país de la manera más amplia y generosa. La junta pudo así reunir unos trescientos mil pesos, que agregados á diversos donativos de procedencia ajena á ella, han llegado ya á cerca de medio millón de pesos. Merced á tales recursos, Mazatlán — nuestro más bello puerto de Occidente — ha logrado extinguir por completo la infección, empleando todos los medios posibles por

mentos, con más cultura, con más...» etc., no se ha podido vencerla, afirman que volverá en invierno, no es este el temor que priva y hay en todo caso la esperanza de que estando el país entero apercebido á la lucha y dispuesto á la disciplina y al sacrificio pecuniario, la victoria contra la plaga no será muy ardua.

**

Trescientos mil pesos constituyen una hermosa contribución, y si buena parte de ellos proviene de donativos espontáneos, otra no menor ha sido obtenida con fiestas de caridad, viejo, pero seguro procedimiento. La gente gusta de la caridad con acompañamiento de orquesta ó de versos. Nada más en-

la mutilada de Milo, no muestren — ¡qué horror! — las purulencias de una enfermedad tan odiosa.

Se ha hecho, pues, mucho bien en medio de mucho júbilo. La exaltación en esta vez ha sido pródiga en beneficios. Las fiestas han seguido á las fiestas. La peste acabó y los mexicanos nos hemos divertido. Aún hay quien lamente que haya cesado tan pronto. Era un pretexto tan donoso para el placer..., pero en honor de la verdad la inmensa mayoría está satisfecha de haber ahogado al dragón con la risa en los labios. ¡Todo sea por Dios!

Las escuelas no podían faltar á sus generosas tradiciones de solidaridad y de entusiasmo altruista, y no han faltado en efecto. La escuela Nacional Preparatoria fué la que congregó á todos los planteles



MÉXICO. — FIESTA UNIVERSITARIA. — LA COMPARSA. — CAMPEONES PARA EL JUICIO DE DIOS. (De fotografías de «El Mundo Ilustrado», remitidas por nuestro corresponsal D. Ramón de S. N. Araluce.)

costosos que sean, incendiando innumerables casas apesadas y resarciendo naturalmente á sus dueños de la pérdida; creando un lazareto modelo; estableciendo puestos de observación; haciendo purgar cuarentenas severísimas; desinfectando concienzua-

cantador para la mujer que hacer el bien bailando, por ejemplo; un estremecimiento de voluptuosidad cristiana eriza el finísimo y aureo vello de su seno entreabierto cuando piensa que mientras su belleza, con la complicidad de su toilette, pasa dilatando

oficiales de educación y les pidió su concurso para una feria gigantesca que debía efectuarse en el vastísimo edificio que ocupa en la calle de San Ildefonso y que es una de las vejstorias más bellas de México.

Todas las escuelas respondieron al llamamiento, así las superiores como las elementales, y la gran feria, efectuada los días 2, 3 y 5 de mayo, superó á cuanto se había esperado y á cuanto podía presumirse.

El director de la Preparatoria, doctor Manuel Flores, que es una de nuestras eminencias pedagógicas y á cuyo talento metódico y claro todos rinden parias, tuvo á su cargo la organización de aquel mundo en miniatura y el ordenamiento de los variadísimos contingentes de todas las escuelas.

Para dar una idea de la magnitud del festival y de su importancia, mencionaré la contribución que á él llevaron algunas de las escuelas:

Escuela de Medicina: «Cabaret de la Mort,» al estilo del que en uno de los bulevares exteriores de París atrae y cautiva la ingenua curiosidad de los extranjeros y de los provincianos: descomposición de un «cadáver» á la vista de todos por medio de un «truc» de óptica; salón de proyecciones micro-fotográficas; rayos X, etc.

Escuela N. de Jurisprudencia: Reconstrucción de un «Juicio de Dios» en la Edad Media, con todo el pomposo atrezzo de la época y el pintoresco y arcaico personal de rigor: el conde soberano y su consorte; la corte, juglares, troveros; un heraldo refiriendo en «roman paladino» el origen y razón del singular combate; una dama acusada de injusto yerro; un caballero que vestido de todas armas la defiende; un caballero que de todas armas vestido mantiene la acusación; tiendas en que relucen los recios escudos; escuderos, trompetas sonoras...

Escuela de Comercio: Representación de varias piezas teatrales.

Escuela Normal de Profesores: Idem, y ejercicios atléticos diversos.

Colegio Militar: Asaltos de sable, florete y box, y multitud de ejercicios gimnásticos.

Conservatorio Nacional: Representaciones teatrales ofrecidas por la naciente «Comedia Mexicana.»

Con el festival universitario que ha sido objeto de estas breves notas se cierra el ciclo de fiestas á



Retrato, obra de Clara Grosch (del «Deutsche Kunst und Dekoration» de Alejandro Koch, de Darmstadt)

Escuelas Elementales: Recitaciones, bailes y juegos pedagógicos.

* *

Además de este concurso, asaz nutrido como se verá, de fuera, es decir, extra-escolarmente — pido perdón por el adverbio, — vino un contingente no menos substancioso: baste decir que en el enorme edificio había unos doce quioscos para la venta de helados, ostras, fichas, flores, etc.; dos bancas, una fábrica de confeti, un restaurant, un teatro, un café-concierto, media docena de exhibiciones diversas, una taberna, un salón de baile, un ídem de recepción, etc.

El primer día de la fiesta fué de gala y se dedicó al presidente de la República, á su esposa y á las damas que con ella patrocinaban el espectáculo. El segundo y tercero fueron eminentemente populares.

Durante los tres días una incontable multitud llenó la escuela. Todo «México» estuvo allí. La población escolar es eminentemente simpática aquí como en todas partes, y cuanto de ella emana encuentra una acogida afectuosa. Baste para probarlo este dato: para surtir la «tombola» se acudió al comercio de la capital, y éste envió tal cantidad de objetos que con su exhibición se ocupó una vasta sala de la Preparatoria.

Para anunciar la fiesta y hacer invitaciones, recorrió los barrios céntricos, con alguna anticipación, una estudiantina elegantísima, precedida de un «boniment» en el que había trajes de todas las épocas y todos ellos auténticos.

* *



En mi jardín, cuadro de Luis Graner. (Salón Parés.)



BORDADORAS VENECIANAS, cuadro de R. Konopa



HORAS FELICES, dibujo de B. Gili y Roig

beneficio de los apestados de Mazatlán. La Junta de Caridad del puerto, hechos ya todos los cuantiosos gastos que demandó la extinción de la peste, posee aún en caja unos cien mil pesos, que empleará probablemente en obras de saneamiento. Casi medio millón ha costado, pues, á la República libertarse de la plaga, que no fué otra cosa que un regalito enviado por los Estados Unidos (que saben hacerlos) con las personas de dos chinos procedentes de San Francisco y desembarcados en Mazatlán. Tras del regalo el «uncle Sam» decretó todas las cuarentenas posibles, algunas innecesarias y altamente vejatorias para nuestro comercio; de suerte que el obsequio fué doble. De tanto mal, empero, ha quedado un bien: el espíritu de solidaridad nacional, más despierto que nunca ante el común peligro. Y esto es algo y aun algos, si ha de repetirse el inmortal clisé del Sancho inmortal.

AMADO NERVO.

Junio de 1903.

NUESTROS GRABADOS

Tumba de Mosén Jacinto Verdaguer.—Hace pocos días verificóse la solemne ceremonia de la traslación de los restos mortales del eximio vate catalán á la tumba en que han de quedar definitivamente guardados. Esta sepultura no puede ser más sencilla ni más grandiosa, según puede juzgarse por el grabado que en la primera página de este número publicamos: abierta en la peña viva, desprovista de todo adorno, tiene por toda inscripción el nombre del poeta y las fechas de su nacimiento y de su muerte. No se necesita más para perpetuar la memoria del autor de *Canigó*, que vivirá eternamente unida á la historia de la literatura catalana, llenando una de sus páginas gloriosas.

Al acto de la inhumación asistieron representaciones del Ayuntamiento, de muchas corporaciones barcelonesas, de multitud de sociedades catalanistas y un público numerosísimo, deseoso de tributar este último homenaje al inspirado poeta que tan bien supo encarnar el alma de nuestro pueblo.

El «Orfeó Catalá» cantó delante del féretro el *Libera me Domine* del Requiem de Victoria; sobre la tumba se depositaron gran número de coronas y de flores sueltas, y el teniente de alcalde Sr. Cambó pronunció elocuentes frases que emocionaron profundamente á todos los asistentes.

La fotografía que nuestro grabado reproduce es de don Adolfo Mas.

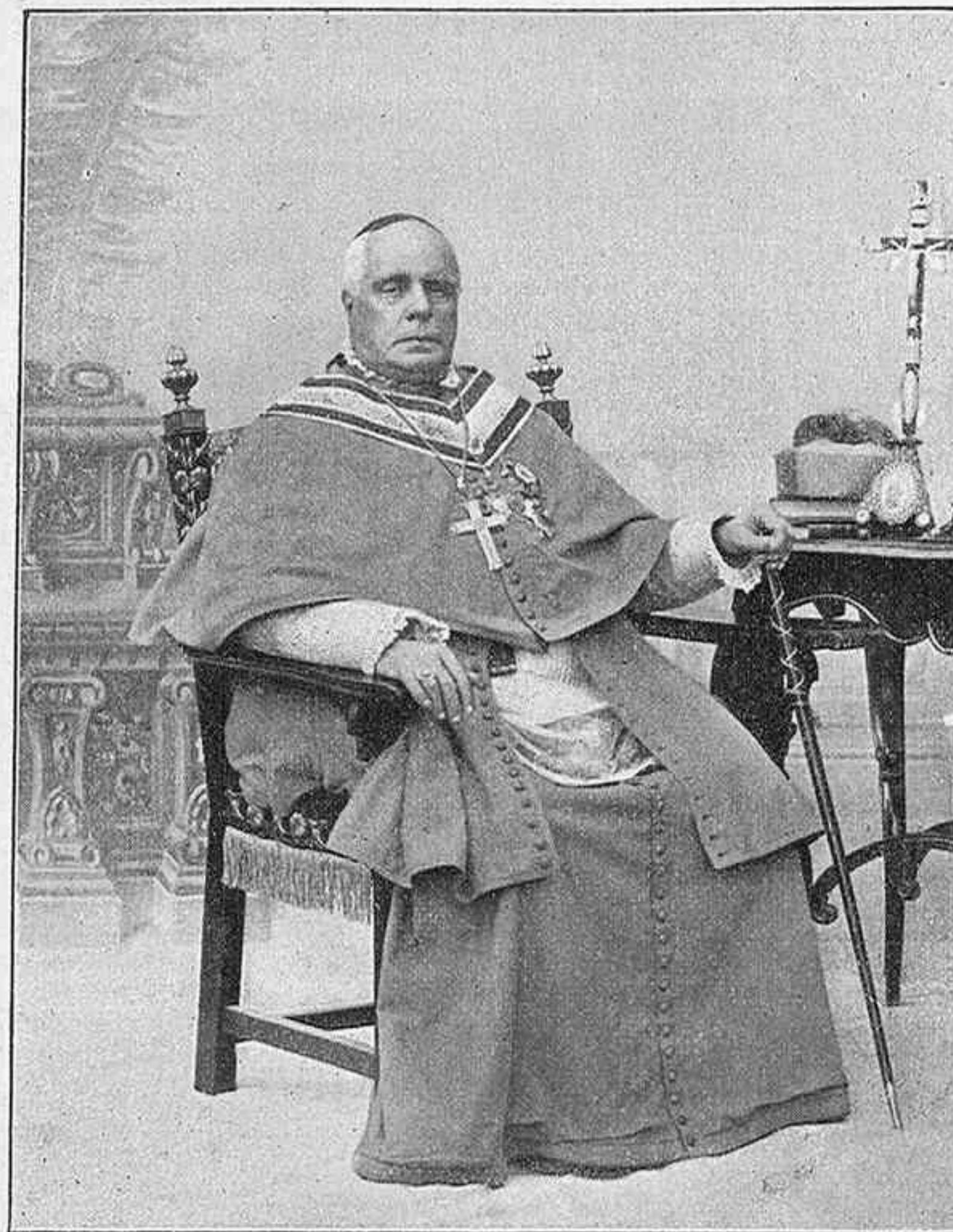
Retrato del difunto marqués de Camps, pintado por José M.^a Marqués.—En distintas ocasiones hemos elogiado como se merecen las obras de diversos géneros salidas del pincel del celebrado pintor José M.^a Marqués, con cuya colaboración se honra desde hace muchos años LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA. Ocioso es, por consiguiente, insistir en



RETRATO DEL DIFUNTO MARQUÉS DE CAMPS, pintado por José M.^a Marqués

lo que tantas veces hemos dicho en estas mismas columnas; esto no obstante, nos creemos obligados á felicitar una vez más al artista por el retrato que en esta página reproducimos, pintura bajo todos conceptos digna de alabanza, así por la exactitud del parecido y por la naturalidad de la actitud, como por lo amplio de la factura y la armonía del colorido, tanto de la figura cuanto del fondo sobre que se destaca.

Emmo. Sr. D. Sebastián Herrero y Espinosa de los Monteros, cardenal arzobispo de Valencia.—El ilustre prelado recientemente elevado á la dignidad cardenalicia nació en Jerez de la Frontera en 20 de enero de 1822 y estudió Filosofía en Cádiz y Jurisprudencia en Sevilla,



EMMO. SR. D. SEBASTIÁN HERRERO Y ESPINOSA DE LOS MONTEROS, arzobispo de Valencia, recientemente nombrado cardenal (de fotografía)

habiendo ejercido en su juventud la abogacía y desempeñado los cargos de promotor fiscal y de juez. A pesar del brillante porvenir que en su carrera se le ofrecía, en 1856 entró en el noviciado de los Filipenses de Sevilla, y una vez ordenado presbítero, fué prepósito de los Filipenses de Cádiz y poco después arcepreste de la catedral de la misma ciudad. En 1876 fué nombrado obispo sufragáneo de la diócesis de Cuenca, en 1877 preconizado obispo de Vitoria y en 1881 renunció á la mitra por motivos de salud, retirándose á su palacio de Sanlúcar de Barrameda. En 1882 fué presentado obispo de Oviedo, en 1883 de Córdoba y en 1890 nombrósele arzobispo de Valencia, sede que en la actualidad ocupa. El nuevo cardenal es hombre de vasta ilustración y sacerdote de ejemplares virtudes, habiéndose captado en todas partes el cariño y la veneración de sus diocesanos.

A nuestros muertos, fragmento de un relieve de Juan van Biesbroeck.—Si alguien encariñado con los tradicionales procedimientos de la escultura funeraria creyera que es imposible representar la idea de la muerte por otros medios que no sean las figuras simbólicas, habría de convenir en presencia de esa hermosa obra de Biesbroeck que dentro de la escuela realista hay elementos sobrados para expresar el dolor, la resignación, la esperanza en un más allá que aquella idea despierta en nosotros. En efecto, el grupo escultórico que reproducimos sintetiza esos sentimientos tan bien por lo menos como pudieran sintetizarlo las esculturas inspiradas en el más puro clasicismo: en el rostro de la madre que amorosamente besa á su pequeñuelo, en la actitud abatida del padre, en los ademanes de los dos niños, hay algo sublime en medio de su sencillez, algo eminentemente humano que nos atrae, que nos conmueve, que nos identifica con el desconsuelo de aquella familia que llora por sus queridos muertos.

Alegria. Ave María, cuadros de Nicolás Canacci.—A cual más bella son estas dos escenas de la vida rural que con tanto acierto ha trasladado al lienzo el celebrado pintor italiano. El efecto que el primero nos produce corresponde al título que el autor le ha puesto: sí, ese grupo de muchachas que por el campo avanzan corriendo, respira alegría; pero no esa alegría bulliciosa que los placeres mundanos engendran y que muchas veces sólo es el disfraz que adoptan los grandes hastíos y también los hondos pesares, sino esa alegría apacible, sana, en la cual las carcajadas brotan más que de los labios del fondo mismo de un corazón no pervertido por el vicio ni gastado por violentas pasiones. No es menos grata la impresión que causa en nuestro ánimo el otro cuadro, el *Ave María*: las primeras sombras del crepúsculo invaden la silenciosa llanura; es la hora solemne en que la mente y el corazón unidos elevan á la Virgen Santísima la dulce plegaria con que la saludó el Angel, y la humilde labradora, que tiene dormido en su regazo al tierno infante, mientras junto á ella duerme su otro hijo tendido sobre la hierba, inclina la cabeza y poniendo su pensamiento y su alma en la divina Madre implora su protección para aquellos tiernos seres que constituyen todo el encanto de su vida, murmurando fervorosamente el «Dios te salve, María, llena eres de gracia...»

Retrato, obra de Clara Grosch—Esta pintora es reputada en Alemania como excelente retratista, y la obra suya que reproducimos demuestra de un modo convincente que la fama de que goza no es injusta, que en los laudatorios juicios emitidos acerca de sus méritos por la crítica para nada entran la galantería ni el favor. Hay realmente en ese retrato femenino elementos suficientes para justificar tales elogios: la expresión del rostro, la naturalidad de la actitud, la misma sencillez del traje y del tocado, la delicadeza de la pincelada, son

otras tantas cualidades que nos revelan á una artista notable, enemiga de toda afectación, de todo efecto rebuscado, cuidadosa de reproducir el original tal como es y convencida de que en materia de retratos lo primero á que debe atenderse es la verdad, particularmente cuando la verdad es tan bella como la que en su pintura nos muestra. Imagínese á la dama retratada vestida con rico traje, cubierta de joyas, en ademán majestuoso, destacando su figura sobre lujosos cortinajes y rodeada de magníficos muebles, y de fijo que puesta en estas condiciones no nos cautivaría como nos cautiva en ese sencillo *deshabillé*, sin adornos, sin fondo alguno que distraiga nuestra atención.

En mi jardín, cuadro de Luis Graner.—Formó parte el cuadro que reproducimos de la colección de notables producciones que exhibió en el Salón Parés el distinguido pintor y estimado amigo Luis Graner. Conocidos son sus merecimientos y sus estimables aptitudes tan variadas, como lo atestiguan las obras que ha producido. De ahí que nos limitemos á llamar la atención de nuestros lectores acerca del cuadro que figura en estas páginas, trasunto fidelísimo del natural y admirable por la poesía que entraña, ya que el artista ha sabido obtener una nota agradable y altamente simpática.

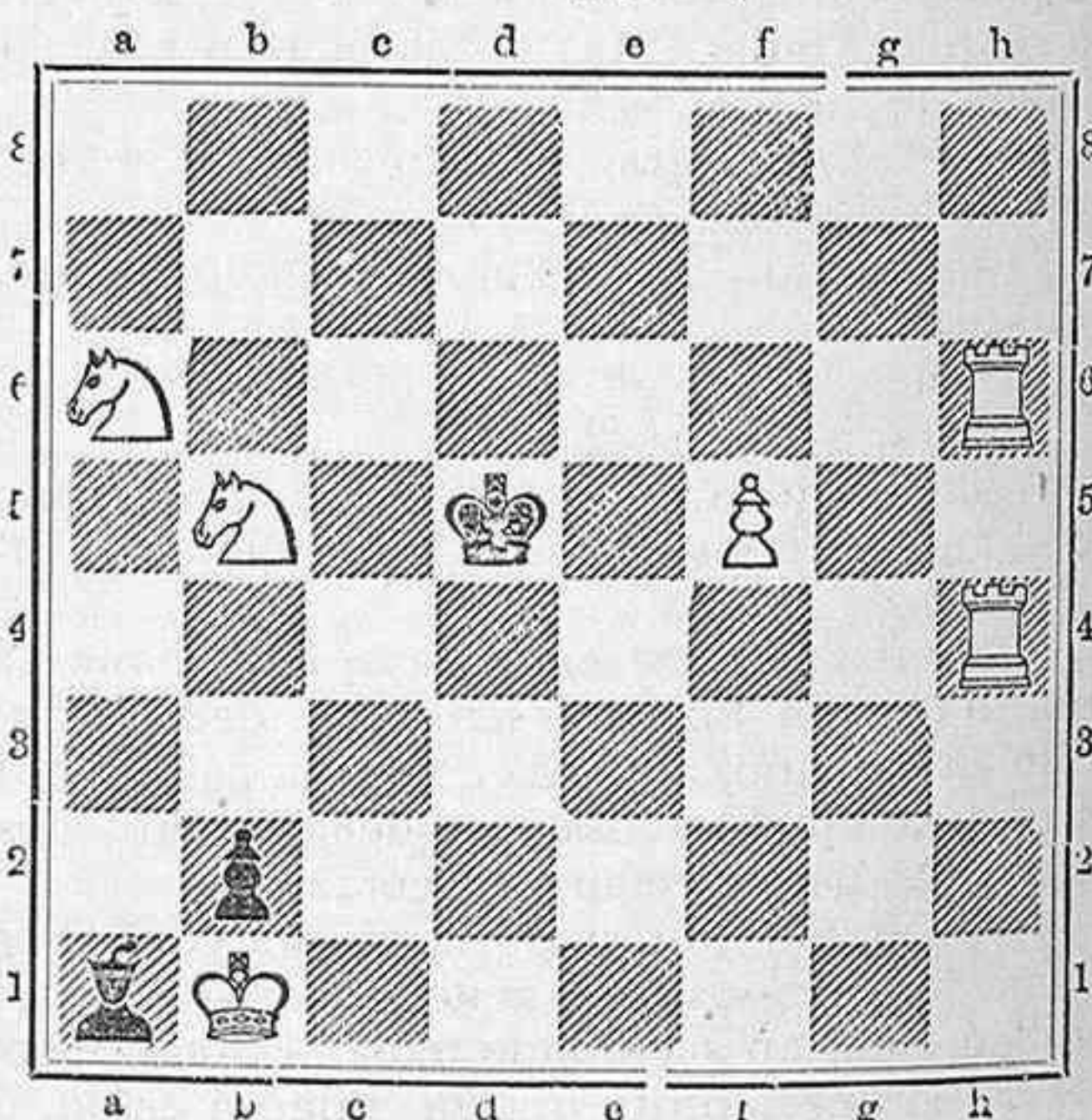
Bordadoras venecianas, cuadro de R. Konopa.—Los modernos artistas que hoy visitan Venecia no buscan asuntos en los palacios de los nobles, ni toman por modelos á las aristocráticas damas, sino que se inspiran en las escenas y en los tipos populares. Así lo ha hecho el distinguido pintor vienés Konopa al reproducir ese grupo de lindas bordadoras: con la cabeza inclinada sobre la labor, no dan paz á la mano, y en la seriedad de sus caras harlo se adivina el afán con que trabajan, la atención que ponen en su tarea, sin distraerse por nada ni por nadie, ya que cada distracción significa una merma en su mezuino jornal; pero miradlas por la noche en la plaza de San Marcos, por donde se pasean, y veréis que aquellos ojos, que en el obrador no se apartaban de la tela, despiden abrasadoras miradas; que aquellos labios, poco ha silenciosos, se agitan en charla interminable; que aquellos cuerpos, en las horas de trabajo inmóviles y enervados, se cimbrean en ondulantes movimientos, en elegantes actitudes, como si todo el fuego de su sangre y toda la fuerza de sus músculos quisieran resarcirse en un momento del martirio de una larga jornada de silencio y de quietismo.

Horas felices, dibujo de B. Gili y Roig.—No necesita el artista recurrir á la ficción para ofrecernos una imagen de la felicidad, pues no ha de serle difícil encontrar en la vida ordinaria elementos con que componer un cuadro ante el cual sintamos esa emoción dulcísima que la contemplación de la felicidad verdadera produce. Viendo el dibujo de Gili, por ejemplo, no habrá quien no exclame «¡Qué dichosos!» refiriéndose á esos enamorados que, á la sombra de frondosos árboles, leen en un mismo libro las armoniosas estrofas en que el inspirado poeta canta las delicias del amor. La belleza del sitio, la comunidad de sentimientos que forma de esas dos almas una sola, la placidez de esos semblantes que revelan un cariño hondo, pero purísimo, la juventud y gallardía de esos cuerpos amorosamente enlazados, todo respira dicha, todo nos dice que son horas felices las que transcurren para esa pareja.

AJEDREZ

PROBLEMA N.º 331, POR J. KOHTZ Y C. KOCKELKORN.

NEGRAS (3 piezas)



BLANCAS (6 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 330, POR J. W. ABBOTT.

- | | |
|------------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. T a3-a8 | 1. Re6-f7 |
| 2. D d3-f5 jaque | 2. Rf7xe8 |
| 3. C b5-c7 mate. | |

VARIANTES.

- | | |
|--------------------|-----------------------|
| 1..... Ch8-g6; | 2. Dd3-f5 jaque, etc. |
| 1..... Ch8-f7; | 2. f4-f5 jaque, etc. |
| 1..... Ag8-f7; | 2. f4-f5 jaque, etc. |
| 1..... Ad8-b6 a5; | 2. Dd3-c4 jaque, etc. |
| 1..... Ad8-c7; | 2. Cb5xc7 jaque, etc. |
| 1..... Otra jug.ª; | 2. Ta8xd8, etc. |

SONIA

NOVELA ORIGINAL DE HENRY GREVILLE. - ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

- Debe ser la anciana Papof; saca en seguida la compota de acerolas, pues ya sabes que le gusta mucho.

Dacha desapareció y la señora Grebof sentóse esperando la llegada de su huésped.

El ruido de las campanillas había cesado, y Dacha, después de haber hecho lo que se le mandara, comparó junto á su señora, y de pie y empinándose trataba en vano de ver á los ojos al través de la nube de polvo.

- ¡Hela aquí, hela aquí, señora!, exclamó al cabo; ha dado la vuelta al estanque. Pero no es su *tarantáss*, sino una telega.

- ¿Una telega? Veo, pobre Dacha, que vas perdiendo la vista, dijo la señora Grebof. ¿Quién quieres que venga á vernos en telega? A menos que...

El carricoche de posta llegaba rápidamente; el postillón fustigó sus jamelgos y el carruaje pasó á lo largo de la empalizada.

- ¡Mamá!, gritó Boris agitando su sombrero con la mano.

- ¡Santo Dios! ¡Eres tú, Boris!, exclamó la anciana trémula de gozo. ¡Ah! ¡Las piernas me flaquean y no puedo correr!

En tanto que la telega entraba al paso por la puerta, el joven había saltado la cerca y caía de rodillas ante su madre, que llorando y riendo á la vez é incapaz de hablar, besaba en la frente á su hijo.

- ¡Hijo mío, Boris, cuán hermoso estás, cuánto has crecido! (Hacia lo menos diez y ocho meses que Boris había alcanzado cinco pies, cinco pulgadas.) Has hecho bien en venir; pero ¿por qué no me escribías?

- No he tenido tiempo, contestó, pues me he encontrado libre antes de lo que creía.

- ¡Tanto mejor, tanto mejor! ¿Cuánto tiempo estarás aquí?

- Un mes entero, mi buena madre.

- Señora, el te está servido.

- Ven á comer un bocado; debes estar cansado, dijo la anciana apoyándose con orgullo en el brazo de su hijo.

Cuando iba á entrar en la casa, la anciana vió á Sonia, de quien Boris se había olvidado. Con su hatillo en la mano, apoyada contra la pared, miraba con tristeza aquellas cosas y aquellas gentes desconocidas que nada decían á su corazón.

- ¿Qué es eso?, interrogó la señora Grebof estupefacta, deteniéndose ante aquella muestrita de humanidad, que tan acentuado tenía el tipo bohemio.

- Es una camarerita que le traigo á usted, dijo Boris riendo; he pensado que Dacha era ya vieja, y la he encontrado una auxiliar.

- No soy vieja, á Dios gracias, para necesitar ayuda, contestó la buena mujer echando una mirada furibunda sobre la enteca muchacha. Y luego, ¡valiente ayuda!

- ¿No ves que lo digo por broma, Dacha?, se apresuró á decir Boris; es una niña que me ha servido fielmente, y además es una huérfana, que no tiene ni madre, ni padre, ni techo, ni pan, y que le ruego á usted, madre mía, que acoja por amor de Dios.

La señora Grebof se santiguó, y luego dijo extendiendo la mano hacia la niña:

- El Señor ha ordenado que se acogiera á cuan-

tos en su nombre vinieren; bien venida seas á esta casa, niña. Donde comen cinco pueden comer seis; llévala á la cocina, Dacha, dale de comer y luego veremos lo que hacemos de ella.

cuanto tuvo á su hijo bien instalado, la señora Grebof había tomado de nuevo el camino de su vieja casa á orillas del río; pero al cabo de tres semanas Boris había visto regresar á su madre.

- No podía más, le dijo ella; me parecía siempre que tenías necesidad de mí; vengo á vivir aquí en tanto que tú estás en el colegio. Tú, por tu parte, ve á casa de tu maestro, que yo iré á verte todos los días y pasaremos los domingos juntos.

El sacrificio era grande, mucho mayor de lo que Boris podía imaginar. Abandonar sus costumbres, sus servidores, la vida abundante y barata del campo, para habitar en una casita de un barrio retirado de la ciudad y vivir con economía, ya era duro; pero más aún lo era para la pobre viuda haber dejado su pobre y pequeña iglesia y la losa sobre la cual se arrodillaba durante la misa, porque aquella losa cubría el cuerpo de su esposo, á quien seguía llorando á los diez años, no de viudez, sino de ausencia, como ella decía.

Por esto cuando volvieron los hermosos días de verano, ¡qué alegría para toda la gente de la casa ver llegar á la señora Grebof y á su Boris! El travieso escolar daba que hacer algunas veces á las criadas, pero éstas, sin dejar de refunfuñar, murmuraban: «Se parece á su padre como una gota de agua á otra.»

Y la veneración de aquel recuerdo acallaba la reprobación que iba á salir de sus labios.

Así continuó la madre de Boris hasta que éste entró en la Universidad. Entonces por propia conveniencia del hijo volvió al campo, pues aquél necesitaba más dinero, y el único modo de poder reunirlo era vigilar por sus propios ojos su hacienda.

Ello importaba un nuevo sacrificio, pero no era el primero ni el último, y la viuda no vaciló en hacerlo.

Aun siendo tan pacífica como era, su regreso había devuelto la vida y la animación á Grebova, así es que las criadas, envejecidas, pero todavía buenas para el servicio, habían saludado su vuelta con alegría. Después, la muerte había abierto huecos en aquellas filas y la pequeña sociedad doméstica se había reducido.

Sonia aportó á aquella pacífica casa un elemento que al pronto no fué muy bien acogido, pues su carácter huraño y su ignorancia de los usos locales nada tenían de agradable para aquellas viejas gentes rutinarias.

«¿Estará siquiera bautizada?» se preguntaban éstas en los primeros días.

El primer domingo fué á la iglesia en compañía de los demás criados, y miraba con ojos desmesuradamente abiertos por la admiración las ceremonias del culto, que quizá no había presenciado diez veces cuando vivía en la finca del general, donde se la consideraba antes como una cosa que como una persona.

Poco á poco la muchacha fué acostumbrándose á una existencia como jamás había soñado, sin recibir un solo bofetón ó un puntapié, comiendo cuanto quería y durmiendo arropada en una cama.

Continuaba huraña todavía; pero al cabo de pocos días empezó á aprender cuanto quisieron enseñarle, y lo hizo luego con inteligencia y buena vo-



... cayeron de rodillas uno al lado del otro...

Durante la velada, Boris contó á la señora Grebof cuanto le podía decir de su estancia en la casa del general, haciendo abstracción de su amor por Lidia. Se hallaba resuelto á no entristecer los posteriores años de su madre con el relato de sus amores, y dió por pretexto á su brusca salida la indignación que le habían causado los malos tratos que daba la señora Goreline á Sonia. La buena anciana encontraba natural la conducta de su hijo, pues más de una vez, durante el relato, tuvo que enjugarse las lágrimas que corrían de sus ojos al oír contar las penas de la pobre abandonada.

- ¡Virgen Santa!, decía á menudo, no entiendo cómo pueden existir seres tan descastados que de tal manera traten á los huérfanos y á los pobres.

Quando Boris hubo acabado, dijo la buena mujer:

- Has hecho bien; emplearemos á esta niña en la casa, donde no falta trabajo y creo que tampoco faltará pan. ¡Mira, si no!

Y diciendo esto, llenaba el plato de su hijo de panecillos redondos y dorados que demostraban la habilidad de la vieja cocinera.

Todos los servidores de la casa eran á lo menos tan viejos como su ama; treinta años antes, la cocinera, joven entonces, había arreglado la comida de bodas de la señora Grebof. Las dos ó tres mujeres que desempeñaban los cargos más humildes, habían conocido y llorado también al amo, muerto joven y nunca olvidado por su esposa que, desde entonces, se consagró por entero á su hijo.

No había nada más triste para la pobre anciana que separarse de Boris; pero en cuanto llegó la ocasión propicia, acompañóle á Moscou, donde le instaló en casa de un profesor francés, quien además le hacía seguir sus estudios en un colegio ruso. En

luntad. Nadie, sin embargo, pudo sacarla de su mutismo obstinado y no soltaba una palabra que se refiriera á su existencia pasada.

Desde el primer día había vuelto á adquirir la costumbre de casa de los Goreline, y arreglaba el cuarto de Boris y lo cuidaba con gran extrañeza de la vieja camarera, que había mecido en sus brazos á su joven amo, cuando era niño, y que se veía suplantada por una extraña. La buena mujer se quejó de aquella intrusión; pero Boris la consoló con buenas palabras, y Sonia continuó sirviendo al joven con aquella abnegación de animal sumiso que imprimía en ella un carácter tan raro.

XV

Hacía ya quince días que Boris estaba en Grebova y cada vez se entristecía más, pues aun cuando había ya escrito dos cartas que él mismo había echado al correo, nada sabía de Lidia y le devoraba la impaciencia, pensando si sus padres habrían tenido noticia de su última entrevista.

Movido de su amor, veinte veces había estado á punto de partir, de empezar de nuevo su viaje para verla un momento, siquiera no pudiese hablarle; pero sus recursos pecuniarios se habían agotado.

Al cabo, un día volvió muy contento del correo. Desde que estaba con ella, su madre no le había visto tan alegre. Dos ó tres veces por lo menos fué hasta el extremo del jardín para hartarse de leer el billetito que recibiera por la mañana.

Aquella carta era asaz corta, y quizá un juez imparcial la encontrara poco efusiva en contestación á las cartas apasionadas de su amante; pero éste se hallaba ebrio de gozo, pues veía la letra de Lidia, y era aquella su primera carta de amor. Aunque sólo hubiese contenido una firma, Boris se habría mostrado satisfecho.

Decía así:

«Querido Boris: He recibido tus dos cartas y te ruego que no me escribas tan á menudo, pues Dounia me ha dicho que no quiere ir á correos sino una vez cada quince días; afirma que la caminata es larga y tiene razón. Tengo miedo que por equivocación traigan á casa una carta tuya, pues ya comprendes lo que entonces sucedería. Mamá continúa muy enfadada y el príncipe no ha vuelto desde el día que te marchaste; pasó la velada con nosotros y parecía preocupado. Yo estoy buena y deseo que por tu parte goces buena salud. He hallado el tomito de *Jocelyn* que me dejaste, y te doy gracias por tu recuerdo.

»¿Cuándo volveremos á vernos? ¡Cuán triste es estar separados y cuán lejos está el otoño! Te abraza tu

»LIDIA.»

Boris sintió al principio un gozo extremo; pero poco á poco fué éste menguando; la carta no le satisfacía del todo; hubiese querido saber lo que Lidia había pensado, lo que había sufrido, y Lidia no le hablaba de nada de esto. A pesar de ello, el joven estremecíase de felicidad al solo pensamiento de que las manos de su adorada habían tocado aquel papel que besaba con pasión.

Sin embargo, desechó toda idea melancólica; aquella carta era el primer eslabón de su futura existencia. Su amada había firmado: *tu Lidia*, y por lo tanto era perfectamente suya; la firma equivalía á un compromiso.

Se durmió teniendo en la mano aquella carta bienhadada.

Al día siguiente, al entrarle el café con leche, Sonia le dijo de repente:

— ¡Ha recibido usted una carta de la señorita?

— ¿Quién te lo ha dicho?, preguntó Boris estupefacto y adoptando un tono severo.

— Nadie. Pero he visto el sobre encima la mesa y he pensado que era suya viendo que estaba usted tan contento.

— ¡Haz el favor de no contar tales tonterías á nadie!, repuso Boris maldiciendo en su interior la perspicacia de aquel desarrapado paje. Si se te ocurren esas ideas no me las digas más que á mí, que las olvido, al paso que los otros se acordarían de ellas.

— Muy bien, amo mío, contestó Sonia con un gesto que indicaba que le había comprendido. Y... ¿está buena la señorita?

— ¡Vete, tonta!, exclamó Boris malhumorado.

A cualquiera otro le hubiese sostenido que la carta no era de Lidia; pero los ojillos de aquella rapazuela le turbaban, y durante dos días, enfadado consigo mismo y con Sonia, no dirigió á ésta la palabra.

El tercer día, al entrar Boris en su cuarto para

ir á acostarse, advirtió un bulto al pie de la cama.

— ¿Quién está aquí?, preguntó.

— Yo, amo mío, contestó Sonia.

Y se puso de rodillas.

— ¿Y qué haces ahí?

— Esperaba á usted para pedirle perdón.

— ¿Por qué?

— Por lo del otro día. Ya sé que no debo hablar de lo que no me importa. Le he hecho enfadar á usted y no me habla...

Y se aproximaba arrastrándose por el suelo de rodillas y en ademán suplicante.

— ¡Perdóneme usted! ¡No lo haré más, oh, no!

— Bueno, bueno, replicó Boris impaciente, pero á la vez conmovido; vete á dormir, ya te perdono.

— ¿Me perdona usted?

Y Sonia se levantó.

— Sí.

— ¿Y me hablará usted y me reñirá cuando cometa alguna torpeza?.. Ayer no traje expresamente el agua, pensando que así me reñiría usted..., y ha ido á buscarla sin decirme nada. Prefiero que me riña á que no me hable usted, Boris Ivanovitch.

El joven no pudo menos de sonreírse, y poniendo su mano sobre la cabeza de la niña, le dijo:

— Vete á dormir, salvajita, y te prometo que te reñiré en cuanto lo merezcas.

Sonia cogió la mano de Boris y se la besó con ojos chispeantes de alegría, y salió corriendo de la habitación.

Las vacaciones de Boris habían terminado; acababa septiembre y se abrían las Universidades.

Una hermosa mañana de otoño Boris se alejó de su hogar dejando en él á tantos seres queridos, á su madre, á sus ancianas servidoras, á Sonia que se abrazaba á él y quería que la llevara consigo.

— Lléveme usted, decía; tendrá usted necesidad de alguien para limpiarle las botas y arreglar el cuarto y poner á hervir la tetera. Le prometo á usted que no haré ningún disparate.

Fueron inútiles sus ruegos y se quedó en la aldea con la señora Grebof, á quien asustaban los arranques de aquella naturaleza apasionada; pero que al ver la afección ciega que la niña sentía por su hijo, se conmovía y simpatizaba con ella.

Poco á poco la niña se acostumbra á querer y servir á la madre como lo había hecho con el hijo. Poco á poco fué domesticándose; y en vez de escaparse cuando le hacían una pregunta, acabó por contestar á ellas y por contar á la anciana, á ella sola, todas las penas y tribulaciones de aquel pasado horrible que se esforzaba por olvidar.

Con las manos juntas, los dientes apretados, los ojos echando fuego y los labios temblorosos, como un gnomo irritado, refirió lo que había padecido en silencio, sus cóleras repentinas y contenidas, su impotente rabia, la idea que se le había ocurrido un día de prender fuego á la casa para destruir á sus crueles habitantes y destruirse á sí misma, y luego sus remordimientos al recordar la bondad, inútil por desgracia, del general Goreline, y de pronto la aparición de Boris, que había inundado de luz y de calor su vida hasta entonces oscura y fría como el invierno polar.

La señora Grebof escuchaba con horror aquella serie inacabable de iniquidades, y su naturaleza excelente se rebelaba ante aquel relato, que le costaba trabajo creer.

— No es, posible, murmuraba; Dios no permitiría tales atrocidades.

Pero después recordó historias lúgubres parecidas á aquella, y compadeciendo de todo corazón á las víctimas, rogó para que Dios se apiadara de los malvados que por tal modo desconocían su ley.

Dos meses después de la partida de Boris, su madre terminaba así una de sus cartas:

«Tu salvaje protegida se ha domesticado conmigo; cada tarde viene á sentarse á mis pies y me ruega que le enseñe á hacer calceta. Rompe tantas agujas como días tiene el mes; pero demuestra buena voluntad. Tiene sin embargo algunas veces una testarudez invencible; no puede tragar á la lavandera y no hay modo de que le hable ni le ayude. Por la primavera la haremos trabajar en el jardín; ahora, como es la más ágil de la casa es la que sirve la mesa; pero de ninguna manera he logrado que se ponga zapatos. Cuando escribas, dime que quieres que vaya calzada; yo le leeré la carta y así quizá pueda conseguir que vaya vestida un poco más decentemente.»

Boris se echó á reír leyendo aquellas noticias; pero hizo lo que su madre le pedía, y al cabo de quince días supo que Sonia había cumplido sus órdenes.

Al saberlo se rió aún con más gana y su alegría le hizo gran bien, pues su vida era cada vez más

triste. Con el otoño había vuelto Lidia á Moscú con sus padres, y Boris se las había arreglado de modo que podía verla cada vez que salía sola con la camarera, pero aquellas ocasiones eran muy raras y tenía que pagar muy cara la complacencia de Dounia. Boris se privaba de muchas distracciones y comodidades para poder deslizar un billete de banco en la mano de la complaciente camarera.

Además, Lidia empezó á frecuentar la sociedad; se acostaba tarde y no podía levantarse temprano; por las tardes temía que la vieran; por las noches tenía que ir al teatro, al baile..., el caso es que apenas la veía.

Por otra parte, ¿qué habría podido decirle? Sus lecciones no eran muchas y apenas bastaban para permitirle adquirir los libros caros que necesitaba.

Triste, casi descorazonado púsose á trabajar con ardor, sin salir más que cuando sus ocupaciones lo exigían y dedicándose por completo á serios y difíciles estudios.

Nada le distraía de este trabajo asiduo. Cada ocho días recibía carta de su madre y no era empresa fácil ni agradable contestarla, pues quería ocultar cuidadosamente á la buena anciana los pesares de su vida, y decir mentiras repugnaba á su naturaleza franca.

Durante los primeros días de octubre había recibido la visita del príncipe Armianof, que iba á San Petersburgo, y la cordial amistad que éste le demostró fué un bálsamo para su corazón lacerado, ya que al estrechar su mano amiga le pareció volver á los tiempos dichosos de su amor no contrariado. Después Armianof partió y el velo de tristeza que separaba á Boris del mundo entero se espesó más y más sobre su vida.

Una noche que trabajaba sin descanso con una especie de amarga energía, el cartero le trajo una carta.

Leyéndola, Boris creyó ser juguete de una alucinación, y le fué preciso leerla otra vez para convencerse de que estaba bien despierto. He aquí lo que le escribía el príncipe Armianof:

«Un sabio filólogo, el Sr. N., amigo de mi difunto padre, desea para ayudarle en sus trabajos un joven especialmente dedicado á la filología. Como es rico y no tiene familia, paga bien, y aun cuando no me ha dicho la cantidad que asignaría á su secretario, creo poder decir á usted, sin temor á equivocarme, que por lo menos dará dos mil rublos anuales.

»La única condición que impone es la absoluta honradez del candidato, pues le confiará preciosos documentos, todavía inéditos, fruto de largos estudios. Este sabio pasará el invierno en San Petersburgo para acabar de compulsar los manuscritos de la biblioteca imperial; después, en cuanto empiece la primavera, irá con su secretario á emprender un largo viaje por el extranjero, que no durará menos de dos años, para visitar las principales bibliotecas de Europa. Una vez terminado este trabajo, el secretario recibirá una gratificación proporcionada á los servicios que haya prestado.

»Ignorando si estas proposiciones pueden convenir á usted y si quiere abandonar Moscú, no he pronunciado todavía su nombre. Puede ser que deese usted conservar su libertad; pero á fuer de amigo creo oportuno aconsejarle que acepte la plaza.

»Espero de usted un sí formal, y desde este momento puede considerar la plaza como suya. Si acepta usted, no se preocupe por ninguna dificultad material, pues yo me cuidaré de todo. Por otra parte, en llegando á San Petersburgo, venga usted á mi casa y veremos lo que haya de hacerse.»

La primera impresión de Boris fué una alegría inmensa, pues aquellas proposiciones le permitían continuar sus estudios de una manera verdaderamente inmejorable.

La segunda fué de profunda desesperación: ¿separarse de Lidia? ¡Imposible! ¡Y cuán duro, sin embargo, era renunciar á aquella fortuna, á aquel principio de reputación adquirida por modo tan fácil y honroso!

Después sintió reconocimiento inmenso hacia el príncipe Armianof, que tan bien y tan pronto cumplía su promesa generosa.

Apenas pudo dormir aquella noche, y á la mañana siguiente, todavía febricitante, no sabía si renunciar resueltamente ó aceptar de golpe aquella fortuna inesperada.

Al cabo se dijo que lo mejor era consultar con Lidia una resolución tan importante, y sabiendo que al día siguiente podría verla en la iglesia, por ser domingo, se decidió á esperar, devorando ansiosamente su impaciencia á medida que pasaba el tiempo.

Llegó por fin la hora deseada, y después de vestirse, Boris se miró en el espejo, quedando asustado

de la palidez y el cansancio que demostraba su rostro, hasta el punto de que sus facciones, ajadas y macilentas, parecían las de un convaleciente. No eran únicamente las incertidumbres de aquellos días lo que le había cambiado de tal modo; antes bien los lentos padecimientos de los tres meses que acababan de transcurrir eran los que tan profundamente habían abatido su ser.

— Todo esto va á acabar, dijo con resolución; si Lidia quiere que me quede, olvidaré este sueño.

Antes de las diez estaba en la plaza de la iglesia del Bienaventurado Basilio acechando la llegada de su novia. Los techos multicolores de las cúpulas, la forma rarísima de aquella extraña iglesia, única en el mundo por la originalidad de su arquitectura, le inquietaban porque pensaba que Lidia podía entrar en una de aquellas innumerables capillas sin que la viera.

Pasó así tres mortales cuartos de hora, sintiendo esas angustias que sólo los amantes pueden comprender, hasta que al fin Lidia, acompañada de su camarera, apareció en un extremo de la plaza.

Era una hermosa mañana de diciembre; el sol brillaba sobre las cúpulas doradas del Kremlin, y la nieve que había caído durante la noche extendía su blanca alfombra sobre el desigual empedrado, en tanto que el cielo ostentaba su color azul turquí.

Ceñido el cuerpo por un gabancito de terciopelo negro, coronada la cabeza con un sombrero color rosa pálido, que hacía resaltar la frescura de su rostro, metidas las manos en el manguito, Lidia avanzaba poco á poco, moviendo graciosamente el airoso cuerpo. Su acompañante, rechoncha y encarnada, formaba el más vivo contraste con su elegante blancura.

Boris las miraba sin atreverse á aproximarse; pero cuando Lidia y Dounia se hallaron á pocos pasos, la primera, que ya le había visto, le hizo un signo con la cabeza, y las siguió dentro de la iglesia.

Juntos penetraron en las oscuras galerías en que el resplandor de los cirios encendidos delante de las imágenes santas, revestidas de oro y pedrería, lanza reflejos fantásticos en algunos puntos, en tanto que el resto queda sumido en una penumbra misteriosa.

En las profundidades del coro, el cuarteto litúrgico lanzaba hacia las altas bóvedas los acentos solemnes del rezo del Adviento.

Lidia se apoyó en una columna, se santiguó dos ó tres veces, y luego, volviéndose hacia Boris, le dijo:

— Parece que estás malo; no debieras haber salido.

— Tenía que decirte una cosa muy importante, contestó aproximándose para hablarla al oído.

— ¿Qué sucede? ¿Alguna nueva contrariedad!, repuso con disgusto.

— No, ángel mío, no es eso.

Y en tanto que parecía absorto en sus meditaciones, le contó de una manera clara y breve el contenido de la carta recibida. La única cosa que le ocultó, sin explicarse claramente por qué así lo hacía, fué el nombre de su corresponsal.

Por otra parte, Lidia no se lo preguntó. Le escuchaba en silencio y con emoción, y al terminar Boris tampoco dijo una palabra.

— ¿Qué te parece?, preguntó aquél admirado de ese silencio.

— Y tú, ¿qué has decidido?

— Nada; espero tu contestación y haré cuanto quieras. Si quieres que me quede, me quedaré.

— ¿Sin disgusto?, insistió Lidia conmovida.

— Sin disgusto, puesto que tú lo querrás. Ya sabes que sólo vivo para ti.

Lidia estrechó la mano que tenía entre las suyas. El invisible coro entonaba á intervalos iguales las fórmulas litúrgicas; Boris, con la cabeza inclinada, esperaba la palabra que iba á decidir su suerte.

— ¿Qué harías aquí?, dijo al cabo Lidia con mezcla de vergüenza y de tristeza, si nada puedes hacer de provecho; vete.

— ¿Tú me lo aconsejas?, murmuró Boris con melancolía.

En vano había esperado que le dijera que se quedase.

— Sí, esto es lo mejor.

— ¿Te parece?

Y Boris la miraba como para leer en aquel hermoso rostro la expresión íntima de su alma; pero la oscilación incesante de las luces no le permitió percibir ninguna expresión bien definida.

— ¿Y vas á quedarte sola? ¿Puedes vivir sin mí? La mano de Lidia tembló en la suya. «¡Señor, piedad!» repetían á lo lejos los típles de capilla con estridente voz. La lamentación prolongábase al través de los pilares y por entre el dédalo de las capillas; parecía que allá en lo alto el dolor destrozaba el corazón de un ángel.

Boris repuso:



Una anciana que traía un pequeño cirio...

— ¿Quieres que me vaya?

— Sí, contestó Lidia con inexpresable movimiento de impaciencia.

— ¿Has reflexionado lo que dices, Lidia? ¿Has pensado lo que son dos ó tres años, quizá, sin vernos?

Decía esto esperando una contestación contraria.

— Sí, será lo mejor, respondió la joven por segunda vez.

Boris se dejó caer de rodillas junto á ella, como rogando, y estrechó contra sus labios aquella mano sobre la cual caían sus lágrimas ardientes. La joven lloraba también bajo su velo, pues no había mujer capaz de resistir á tal angustia.

Al cabo de un momento Lidia se inclinó hacia él y le dijo:

— Levántate, ó si no, se fijarán en nosotros.

El joven obedeció y su rostro tomó una expresión de rigidez marmórea.

— ¿Lo quieres, Lidia? Sea. Me alegro de que tengas más valor que yo, puesto que por mi parte jamás me hubiera decidido á tomar esa resolución.

Dentro de dos años volveré rico y célebre: ¿serás mía entonces?

Lidia inclinó la cabeza en señal de asentimiento.

— ¡Dime que serás mía!, repitió con febril insistencia.

— Sí, murmuró ella débilmente.

Una extraña idea cruzó en aquel instante por la mente de Boris: sentía necesidad de una prenda solemne, de un juramento irrevocable que le diera confianza.

— Ante esta imagen, dijo señalando la del Salvador, que en una mano ostentaba el globo del mundo y tenía la otra levantada al cielo en signo de mando; ante el Salvador, jura que serás mía.

— No puedo jurar, dijo Lidia con temor, es un pecado; te lo he prometido, ¿no es esto bastante?

— Entonces, ruega conmigo; es preciso que reemos unidos.

Y uniendo la acción á la palabra, apretó con fuerza la mano de Lidia y la arrastró, casi contra su voluntad, á una capilla obscura, donde cayeron de rodillas, uno al lado de otro. Boris no rezaba; pensaba solamente, y con un esfuerzo de voluntad se ligaba mentalmente á aquella mujer que estaba á su lado, y que había de implorar la bendición de Dios.

Lidia tampoco rezaba; tenía miedo. Le parecía que cometía un sacrilegio, y se preguntaba, con terror, si Dios no la anonadaría en castigo de lo que estaba haciendo.

Una anciana que traía un pequeño cirio á la imagen, les dijo con tono suplicante:

— Dadme una limosna en nombre de Cristo para que el Señor bendiga vuestro matrimonio...

Lidia se levantó bruscamente, y Boris dió un puñado de calderilla á la vieja, que se retiró colmándolos de bendiciones.

Empezaba la gente á salir y continuamente les empujaban los que salían, en tanto que los típles del coro lanzaban las últimas notas del canto.

— Adiós, dijo de repente Lidia.

— He de volver á verte, dijo con resolución Boris; no puedo despedirme así.

— ¿Dónde?

— Ven á mi casa, replicó con autoridad. Ven con Dounia; si tienes miedo estará con nosotros en tanto que hablemos; nadie sabrá nada; ven, es preciso que te hable con libertad.

— No me hablarás con esta libertad que dices si Dounia nos oye, respondió Lidia, y si me acompaña, adquirirá demasiado poder sobre mí y estaré bajo su dependencia.

La impasible criada, á dos pasos de ellos, fingía no haber visto nada. Boris advirtió que, desde el punto de vista práctico, Lidia tenía razón; pero aquella razón le parecía hija de la falta de entusiasmo.

— Sea, dijo después de un momento de reflexión; pero de todos modos necesito verte; dime un sitio.

— ¿Cuándo partes?

— Probablemente de aquí á ocho días.

— Pues bien; ven el sábado á las once aquí, durante la misa; los días de trabajo apenas hay nadie.

— Vendré.

Una oleada de gente los separó y Boris no pudo decirle una palabra más. Apresuróse á salir, y una vez en la calle advirtió delante de él á la joven, que se iba hacia su casa y cuyo continente no denunciaba ninguna emoción.

La miró cuanto tiempo pudo verla y volvió á su casa, no ya febricitante y perplejo, sino con el corazón lleno de una tristeza insondable. Se preguntaba á sí mismo qué impulso extraño le había arrastrado á tomar á la imagen por testigo de su juramento, y no podía darse cuenta del motivo que le había guiado.

¿Sería porque en las grandes emociones volvemos maquinalmente á las costumbres de nuestros primeros años? En tanto que Lidia caminaba hacia su casa, Dounia le dijo:

— ¿El señor Boris se marcha?

— Sí.

— ¿Por mucho tiempo?

— Por dos ó tres años.

— Tanto mejor, señorita, ahora nada la impedirá encontrar un buen marido, noble y rico, tal como usted se lo merece.

Lidia pareció no haber oído nada y guardó silencio.

XVI

Aquella noche misma, Grebof escribió al príncipe, y mientras llegaba la respuesta fué á despedirse de su madre. Aquella llegada inesperada, indicó á la anciana señora que algo extraño sucedía, y por más que su hijo al principio, quiso disimular, no pudo engañarla.

— Veo, dijo, que vas á estar ausente durante mucho tiempo, pues de otro modo no hubieras venido estando tan próxima Navidad. Dime, ¿estás seguro, por lo menos, de que tu resolución es acertada?

Aquella calma y aquella resignación aliviaron de un gran peso el corazón de Boris, que se sintió con valor para contar la suerte inesperada que se le presentaba.

La señora Grebof le escuchaba mirándole, á fuer de madre cariñosa, y seguía sus palabras con toda la atención de que era capaz. Admirado de que no le hiciera objeción alguna, Boris se interrumpió en mitad de una frase y dijo:

— ¿No me dice usted nada?

— Te escucho, y llamo sobre tu cabeza la bendición del Señor.

— ¿Entonces, me permitís que marche?, preguntó besando con reconocimiento la mano de la anciana.

(Continuará.)

CUEROS TALLADOS Y REPUJADOS

Á MANO

Los objetos que reproducen los grabados de esta página son una prueba de la actividad y del estado de adelanto de nuestros artífices. Desde luego llama la atención en ellos la elegancia de los dibujos que



Cartera de cuero tallado y repujado á mano por D. José Roca.

decoran las tres carteras; pero esto por sí solo no tendría importancia alguna; lo que verdaderamente se la da á estos objetos es el procedimiento por el que han sido ejecutados y que sacándolos de la esfera puramente industrial, los eleva á la categoría de artísticos.

Hasta ahora, por exigirlo así las circunstancias del mercado, se han venido haciendo, y se hacen todavía y se harán siempre para los fines comerciales, los trabajos en piel por medio de moldes; pero en Inglaterra, Francia, Alemania, etc., se ejecutan ya á mano estas labores y los productos así obtenidos son muy solicitados por los *amateurs* y se pagan á muy elevados precios. Un artista barcelonés, D. José Roca, ha seguido este laudable ejemplo, y por la reproducción de algunas de sus obras podrán formarse nuestros lectores idea del grado de perfección que en esta nueva manifestación artística ha alcanzado.

El procedimiento empleado para esta clase de trabajos consiste en coger un trozo de cuero de buey, del conocido con el nombre de vaqueti-lla, sin defecto alguno, al que se pasa con una punta dura un dibujo previamente calcado en un papel tela; una vez pasado el dibujo se abren las líneas con un objeto cortante, primero en el anverso y después en el reverso, y se hace el repujado encima de un objeto blando, llenándolo luego con un objeto duro. Hecha esta operación, se ejecuta el modelado por el anverso, operación que puede resultar más ó menos elegante según la educación artística del operador, y finalmente se tiñe la piel del color que se desea.

En distintas ciudades del extranjero hay escuelas profesionales, en donde discípulos de ambos sexos se ejercitan en este nuevo arte que, además de contribuir á su educación artística, puede proporcionarles un decoroso y productivo medio de subsistencia. Es de esperar que en nuestra patria también se hará algo en este sentido, y en tal caso convendría que fuese pronto, es decir, antes de que

los artífices extranjeros acaparasen nuestro mercado. Nuestra Diputación Provincial podría tal vez tomar en esto una provechosa iniciativa, tanto más cuanto que, según noticias, obra en su poder una memoria sobre este asunto.

Las aplicaciones del cuero tallado y repujado á mano son muchas, como comprenderán nuestros lectores: carteras, libros, estuches, portarretratos, *paravents* y otros cien objetos se prestan admirablemente á esta clase de decoración.

No terminaremos estas líneas sin felicitar muy sinceramente por sus bellísimos trabajos al Sr. Roca, que ha sido indudablemente el primero que ha introducido este arte en España. — M.

* *

LOS SUEÑOS Y LA SALUD

Sabido es que en muchos casos experimentamos ó creemos experimentar durante el sueño sensaciones que sólo remotamente corresponden á la realidad, pero que de todos modos tienen relación con ella. Si se pellizca ligeramente la piel del brazo ó de la mano de una persona que duerme, ésta, al despertar, referirá que en sueños la han picado avispa; si se pone en contacto con el pie de un durmiente una botella de agua caliente, dirá, cuando despierte, que soñando ha caminado por las inmediaciones de un volcán ó que ha pisado con los pies descalzos un montón de ascuas; si con una tela ligera ó con una pluma hacemos cosquillas en la cara á un niño dormido, le veremos prorrumpir en llanto sin que acertemos á explicarnos la causa de que una sensación tan leve pueda producir tan considerable efecto, y únicamente lo comprendemos cuando el niño, al despertarse, diga que se vió atacado por una verdadera plaga de moscas que le picaban en el rostro. En todos estos casos y en otros mil análogos, el fenómeno es el mismo: la sensación realmente percibida se atribuye á una causa muy distinta de la que la engendra, y además resulta aumentada, deformada y transformada. Estos fenómenos son curiosos y se presentan todos los días, pero no ofrecen verdadero interés.

No sucede lo mismo en los sueños acompañados de sensaciones que no tienen causa exterior apreciable, sino que tienen, al parecer, su origen en el organismo y no fuera de él. Tal es el caso especialmente de los sueños que se reproducen con frecuencia bajo idéntica forma, porque en ellos cabe

tener un valor casi profético y diagnóstico, y al presagiar ciertos trastornos prestarían buenos servicios, llamando la atención del que los tiene y del médico á quien éste consultara.

Una reciente observación del doctor Bouzon, publicada en *Le Naturaliste*. Se trata de una persona que tiene los dientes cubiertos de sarro; éste no le molesta estando despierta, pero cuando duerme presenta una salivación abundante y sufre una espantosa pesadilla, durante la cual le parece tener un tumor en la lengua y se le figura que se arranca los pedazos podridos de ésta con los dedos. Este sueño angustioso puede, en verdad, ser debido simplemente á las sensaciones producidas en la lengua por la espesa capa de sarro; pero también puede ser consecuencia de una inflamación de la lengua, inflamación todavía ligera, que pasa inadvertida durante el día, pero que puede acentuarse y que más adelante podrá ser reconocida como principio de una lesión grave ó por lo menos seria. Conviene tener en cuenta los sueños tenaces



Cartera de cuero repujado á mano. — La misma después de la primera operación ó sea después de la talla y antes del repujado. Obra de D. José Roca

acompañados de sensaciones, que son, por decirlo así, el eje de las mismas, y vigilar y hacerse examinar el órgano en que tales sensaciones se localizan, porque ello es señal de que en dicha parte respectiva del organismo se está realizando un trabajo lento que puede algún día determinar un trastorno capaz de comprometer la salud y hasta la vida.

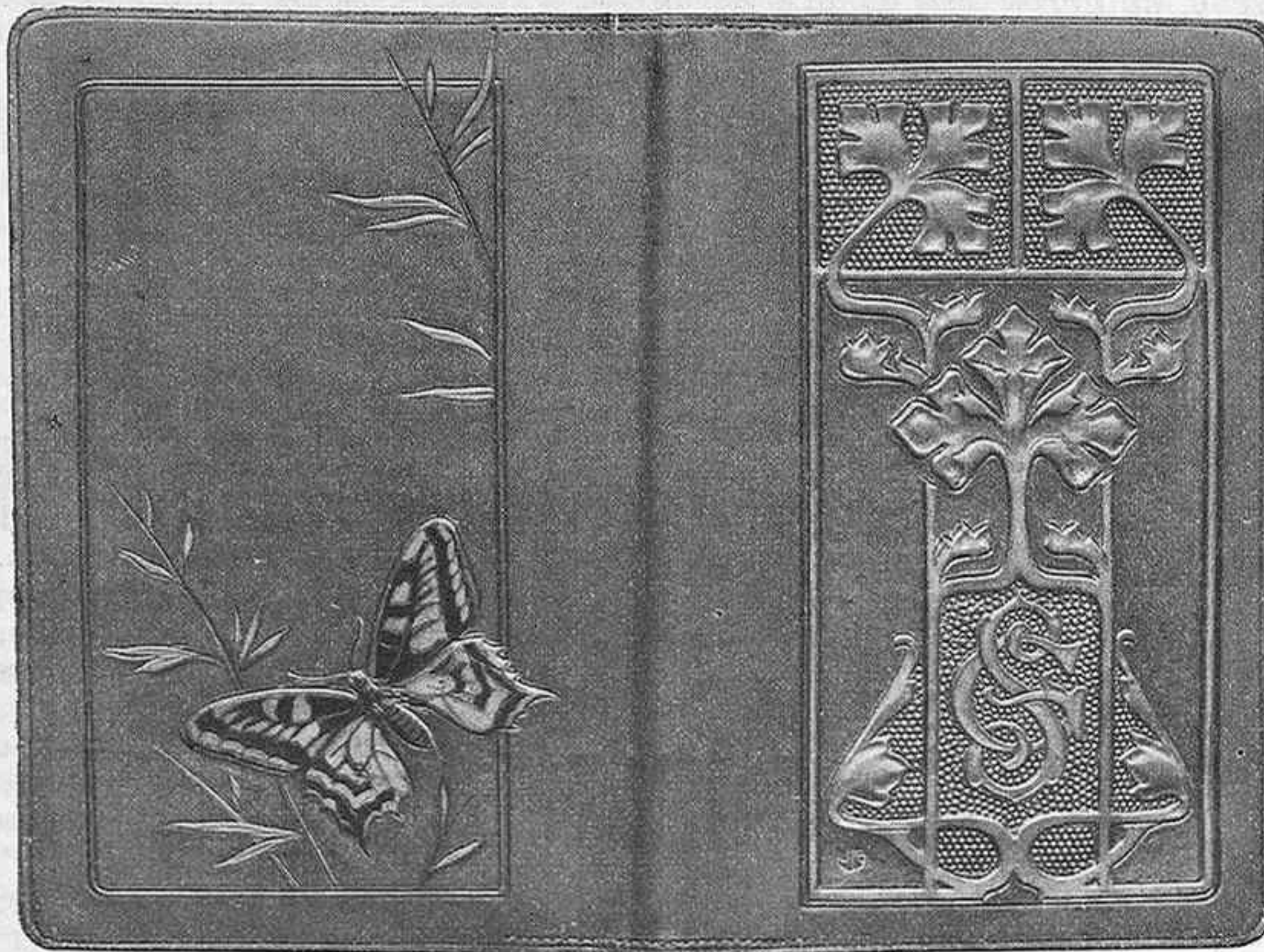
* *

LA FABRICACIÓN

DE LOS PANAMÁS

En uno de los últimos números del «Boletín del departamento de la Agricultura,» de Jamaica, se inserta una descripción interesante de la fabricación de los sombreros de paja llamados *panamás*, tal como se practica en el Ecuador y en Colombia. De ella tomamos algunos datos que creemos han de encontrar curiosos nuestros lectores. Además la estación en que nos encontramos y la circunstancia de haber impuesto las modas el uso de estos sombreros dan carácter de actualidad al asunto.

La primera materia de los panamás se obtiene de una palmera muy común, de hojas de abanico: estas hojas son las que se utilizan, pero no las más grandes ni las más viejas, sino, por el contrario, las más tiernas. Cortadas estas hojas, procurando que todas sean de las mismas dimensiones, se las hace hervir en agua y luego se las pone á secar, separadas unas de otras, en una corriente de aire, pero al abrigo del sol. Cuando están casi secas, se dividen en tiras de anchura uniforme y después se deja que



Cartera de cuero tallado y repujado á mano por D. José Roca

preguntarse si los sueños en cuestión son motivados por sensaciones de origen interno, todavía vagas, pero que indican ya un trastorno ó un principio de lesión, y por consiguiente una enfermedad en elaboración. De ser así, estos sueños podrían llegar á

preguntarse si los sueños en cuestión son motivados por sensaciones de origen interno, todavía vagas, pero que indican ya un trastorno ó un principio de lesión, y por consiguiente una enfermedad en elaboración. De ser así, estos sueños podrían llegar á

acaben de secarse, operación durante la cual las tiras se encorvan en el sentido longitudinal, de modo que sus extremos llegan á tocarse.

Dispuesta ya la materia primera, se entrega generalmente á mujeres que se ponen á trabajarla por espacio de una á seis semanas, y una vez listo el sombrero se le alisa bien, se le lava con jabón y zumo de limón y se le pone á secar en la sombra.

Un sombrero bueno de esta clase es siempre muy costoso, porque su elaboración exige mucho tiempo y muchos cuidados; además para llegar á ser una buena obrera se necesitan un largo aprendizaje y una prolongada experiencia. Las niñas comienzan á aprender el oficio á la edad de diez años, y sólo al cabo de muchos más lo conocen perfectamente.

Otra dificultad que requiere mucha experiencia es el arte de hacer hervir la paja, ó mejor dicho, las tiras de palma. La cocción debe hacerse de una manera especial, pues de lo contrario la paja resulta de calidad inferior.

**

LOS CEPILLOS PARA LOS DIENTES

Está generalmente admitido que los cepillos para los dientes es el medio mejor para conservar la limpieza de la boca; pero hay que reconocer que el cepillo tiene también sus inconvenientes, sobre todo los de pelo recio y duro, que son los preferidos por los hombres. Esta clase de cepillos, según parece, son nocivos para el esmalte y no limpian mejor que los de pelo blando y suave.

Por otra parte, los pelos, duros ó suaves, pueden ser causa de graves accidentes. En efecto, se han visto introducirse en la laringe pelos desprendidos, ocasionando serios trastornos; también pueden introducirse en el apéndice vermiforme del intestino y ser el punto de partida de una apendicitis. Un médico alemán, el doctor Weisswange, presentó hace poco á la Sociedad ginecológica de Dresde un apéndice que había tenido que extirpar á una enferma y que encerraba un pelo de cepillo para dientes, duro, alrededor del cual se había formado una concreción fecal, que produjo una ulceración del apéndice y que habría exigido la intervención quirúrgica si, en el curso de otra operación, la ovariectomía, no se le hubiese ocurrido al citado doctor examinar el apéndice á fin de ver si estaba normal.

Conviene, pues, usar cepillos de pelo suave y cambiarlos en cuanto empiecen á desprenderse los pelos. - X.

LIBROS ENVIADOS Á ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

ASOCIACIÓN DE ARQUITECTOS DE CATALUÑA. ANUARIO PARA 1903. - El tomo de esta importantísima publicación correspondiente al presente año en nada desmerece de los anteriores, de los cuales oportunamente nos ocupamos. En la



El ingeniero Mr. F. B. Behr, inventor del ferrocarril de un solo riel que publicamos en la página siguiente

imposibilidad de analizar todos los trabajos que contiene, nos limitaremos á hacer simplemente mención de los principales, que son los relativos al concurso de edificios urbanos de Barcelona, á la nueva aduana, al monumento á Rius y Taulet, al parque Güell, por D. Salvador Sellés; al claustro del Monasterio de San Pedro de las Puellas, por D. Ubaldo Iranzo, y al Real Monasterio de las Huelgas de Burgos, por D. Juan Agapito Revilla; unas interesantísimas impresiones de un viaje á Roma, por D. Buenaventura Bassegoda; un estudio sobre el enlace de la zona del Ensanche de Barcelona con los pueblos agregados, y varios fragmentos de una obra inédita de D. Mauricio Jalvo. Completan las materias del tomo una sección legislativa; las listas de arquitectos, maestros de obras y contratistas; notas necrológicas, cuadros de precios, tarifas, aranceles, etc. El libro, que honra muchísimo á la Asociación, está profusamente ilustrado con vistas y planos y ha sido esmeradamente impreso en la imprenta y litografía de Henrich y C.ª en comandita, de esta ciudad.

UN DRAMA EN EL SIGLO XXI, por Camilo Millán. - Es esta una novela del género de las de Julio Verne, en que la imaginación del autor, basándose en los actuales conocimientos y progresos de las ciencias, deduce de ellos posibles adelantos futuros que le sirven para dar rienda suelta á su fantasía y desarrollar en forma muy amena el argumento interesante que constituye la base de la obra. Ha sido editada en Barcelona por D. Alejandro Martínez.

¿EL PUEBLO ESPAÑOL HA MUERTO?, por el Dr. Madrazo. - Laudable y patriótica empresa es la acometida por el doctor Madrazo, de la cual es reflejo y simpática manifestación el interesante libro que ha publicado bajo el título que sirve de encabezamiento á estos renglones. Los capítulos en que se subdivide han de considerarse, en cierto modo, como la ordenada serie de impresiones que sugiere el estudio del estado actual de la sociedad española. La nueva obra del erudito doctor forma un volumen en 4.º de más de 300 páginas, pulcramente impreso en la tipografía de Blanchard y Arce, de Santander, y véndese al precio de tres pesetas cada ejemplar.

VOLIAINES, por D. E. Guanyabens. - El hermoso libro que acaba de publicar el inspirado poeta catalán D. E. Guanyabens es, por decirlo así, un ramo delicadísimo, formado por las aromáticas flores de su jardín, un conjunto de poesías armoniosas, sencillas y sobre todo espontáneas, expresión del sentimiento que al autor inspiran las galas de la naturaleza. La nueva producción del Sr. Guanyabens ha de estimarse como un nuevo timbre á los ya adquiridos. Véndese el libro, que ha sido primorosamente editado, al precio de tres pesetas en todas las librerías.

LAS BASES DEL DERECHO MERCANTIL, por D. Lorenzo Benito. - La interesante colección de manuales que con notable éxito vienen publicando los editores Sucesores de Manuel Soler, se ha enriquecido con un nuevo volumen, cuyo título es el que encabeza estos renglones, obra del catedrático de esta Universidad literaria D. Lorenzo Benito. La sola enunciación del libro basta para demostrar su utilidad, con mayor motivo cuando en él se estudian y exponen, con claridad y precisión, los conceptos que informan el derecho mercantil, que es el derecho económico por excelencia. Véndese el ejemplar, elegantemente encuadernado, al precio de 1'50 pesetas.

CORPUS CHRISTI, por Mosén Jacinto Verdaguier. - Para conmemorar el primer aniversario de la muerte de Verdaguier, que coincidió con la festividad del Corpus, el conocido escritor D. Carlos Viada y Lluch, á quien tan estrechos lazos de amistad unían con el ilustre vate, ha tenido la feliz idea de publicar en un pequeño tomo cuatro poesías inéditas del autor de *L'Atlántida*, cuyos asuntos se relacionan con la celebración de aquella fiesta en nuestra ciudad. Tratándose de composiciones del inmortal poeta, no es necesario decir que son un dechado de bellezas y que en ellas resplandecen, como en todas las suyas, la inspiración más hermosa, la fe más viva, el más ardiente amor á las glorias y tradiciones de Cataluña. El libro va ilustrado con el retrato de Verdaguier y dos grabados y contiene un facsímil de uno de los últimos autógrafos del autor: ha sido elegantemente impreso en la tipografía barcelonesa de *L' Avenç* y se vende á 1'50 pesetas.

NUESTROS NOVELISTAS, por Norberto Estrada. - El distinguido escritor uruguayo Sr. Estrada ha reunido en un folleto varios interesantes y compendiosos estudios sobre la novela y sobre los novelistas compatriotas suyos Eduardo Acevedo Díaz, Carlos Reyles y Xavier de Viana. Impreso en Montevideo en la imprenta y encuadernación de 18 de julio.

EL EXODO Y LAS FLORES DEL CAMINO, por Amado Nervo. - El notable escritor mexicano Amado Nervo ha reunido en este tomo una colección de interesantes artículos, impresiones y recuerdos de viaje delicada y atinadamente expuestos, unos en prosa y otros en verso y todos en lenguaje fácil y elegante. Lleva el libro ilustraciones de los Sres. Ruelas y Zarraga.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjanse para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Chaumartin núm. 61, París.—Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, calle de Provenza, 258, Barcelona

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. **Exigir la Firma WLINSI.** DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS **PATERSON** con BISMUTHO y MAGNESIA. Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. **Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.** Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

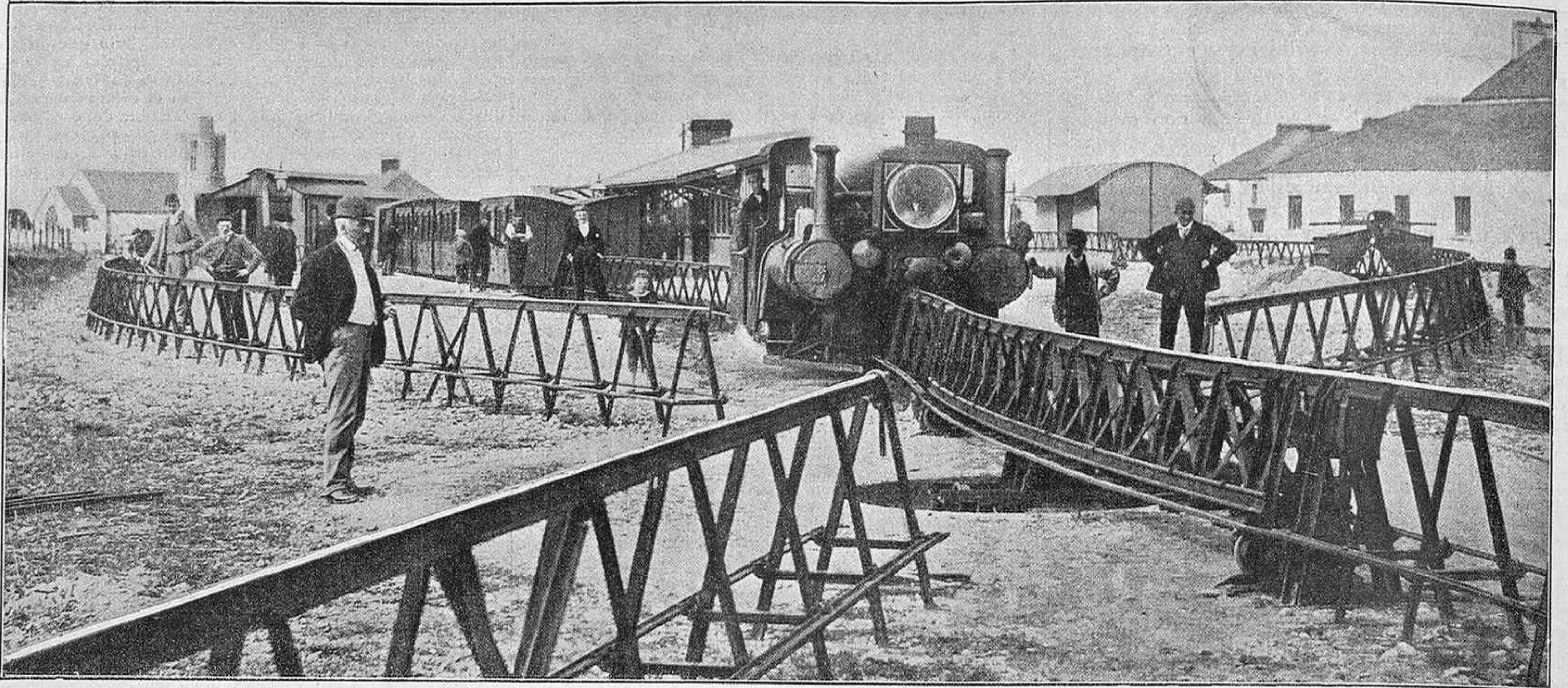
GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN. Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflammaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - PRECIO: 12 REALES. **Exigir en el rotulo a firma** Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

ROB BOYVEAU-LAFFECTEUR célebre depurativo vegetal prescrito por todos los medicos en los casos de: Enfermedades de la Piel, Vicios de la Sangre, Herpes, Acne, etc. El mismo al Yoduro de Potasio. Para evitar las falsificaciones ineficaces, **exigir el legitimo.** - Todas Farmacias.

AGUA LÉCHELLE Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*; el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos. **PARIS, Rue Saint-Honoré, 165.** - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

REMEDIO DE ABISINIA EXIBARD En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar **SOBERANO** contra **ASMA** CATARRO, OPRESIÓN y todas Afecciones Espasmódicas de las Vías Respiratorias. **30 AÑOS DE BUEN EXITO** MEDALLAS ORO y PLATA. **PARIS, 102, Rue Richelieu.** - Todas Farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las **RAICES** el **VELLO** del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. **50 Años de Exito**, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **PILYORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



FERROCARRIL DE UN SOLO RIEL, SISTEMA BEHR, QUE ACTUALMENTE FUNCIONA EN BALLYBUNION (IRLANDA)

FERROCARRIL DE UN SOLO RIEL,
SISTEMA BEHR

En breve comenzarán los trabajos para la construcción de un ferrocarril eléctrico de un solo riel, que enlazará las ciudades de Liverpool y Manchester y que será el más rápido del mundo, puesto que recorrerá dicho trayecto en veinte minutos, lo cual representa una velocidad de 110 millas por hora.

Cuando se presentó el correspondiente bill en el Parlamento inglés, muchos aseguraron que la obra sería un fracaso, pero después que la comisión informadora hubo oído el parecer de notables ingenieros, que aseguraron ser perfectamente realizable el proyecto, se autorizó la construcción de una línea que sin duda será la primera de una serie de otras que á no tardar se irán estableciendo.

Los ingenieros encargados de los trabajos son Mr. F. B. Behr, inventor del sistema, y Mr. R. Elliot-Cooper. La lon-

gitud de la línea será de 34 millas y media y los trenes emplearán, como hemos dicho, veinte minutos, en vez de los cuarenta que ahora emplean los trenes expresos ordinarios.

El privilegio de esta línea rápida es de Mr. F. B. Behr, quien viene consagrándose desde hacía muchos años al estudio del sistema. Cuando se celebró, poco ha, la exposición de Bruselas, Mr. Behr construyó una línea de esta clase para realizar sus ensayos, y la experiencia demostró que en ella podían obtenerse las mayores velocidades. Los comisionados nombrados por varios gobiernos para emitir informe opinaron que la velocidad de 100 millas por hora era posible.

Los primeros ferrocarriles de un solo riel construídos por Mr. Behr funcionaban por medio del vapor; de ellos hay varios instalados en distintos países y han dado resultados excelentes.

La idea del inventor al construir la línea de Liverpool á Manchester es convencer á las compañías ferroviarias de la conveniencia de establecer líneas de su sistema exclusivamente para los expresos, es decir, para el servicio rápido, dejando

las ordinarias para el tráfico de mercancías ó de pasajeros que no requiera tanta celeridad.

Los ingenieros convienen en que, por término medio, las velocidades superiores á 70 millas por hora son imposibles en las curvas de los actuales caminos de hierro, pero la construcción de ferrocarriles de un solo riel permitirá alcanzarlas mucho mayores con seguridad completa, resolviendo de esta suerte el problema de la rapidez, que es una de las mayores dificultades para las compañías explotadoras.

La propulsión se obtiene en este sistema en el riel superior por ruedas derechas, utilizándose los rieles laterales para mantener fijo el coche y evitar los descarrilamientos; para esto sirven también las ruedas horizontales.

La línea de Manchester á Liverpool pasará por Eccles, Warrington y Gatston; pero el tren no se detendrá en estas poblaciones, sino que recorrerá en un solo trayecto la distancia entre aquellas ciudades.

La fuerza que se empleará para la tracción de estos trenes será eléctrica. - R.

PAPEL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL
CIGARROS
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BIN BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOGACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

Frasco 5 fr.
PUREZA DEL CUTIS
en Paris
- LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
ó Leche Candès
pura ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARHCSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES.
Pone y conserva el cutis limpio y terso.
CANDES et Co. B^e St-Denis 148

Las
Personas que conocen las
PILDORAS
DEL DOCTOR
DEHAUT
DE PARIS

no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

AVISO Á LAS SENORAS
EL ANIOL DE LOS D^{OS} RES
JOSEPH HONOLLE
CURA
LOS DOLORES, RETARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F^{IA} G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

LA SAGRADA BIBLIA
EDICIÓN ILUSTRADA
á 10 céntimos de peseta la
entrega de 16 páginas
Se envían prospectos á quien los solicite
dirigiéndose á los Sres. Montaner y Simón, editores

INFLUENZA RACHITIS
ANEMIA VINO CLOROSIS
AROUD
CARNE - QUINA - HIERRO
El más poderoso Regenerador.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

PILDORAS BLANCARD
con Yoduro de Hierro inalterable
Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc.
Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
Exijase el producto verdadero y las señas de
BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD
Curadas por el Verdadero
Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.
HIERRO QUEVENNE

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN